

CRISTIANIDAD



17 RAZON DE ESTE NUMERO

de profunda significación. La Revelación y la Iconografía presentan a la Inmaculada aplastando la cabeza de la serpiente, símbolo de la derrota del reino de Satanás en este mundo.

Por este motivo se ha dividido el número en dos partes. En la primera se agrupan los artículos y documentos que hacen referencia a la Inmaculada; en la segunda se presentan algunos aspectos del reino de Satanás.

La fiesta de la Inmaculada Concepción de María que conmemora, en este mes de Diciembre, un dogma definido en tiempos relativamente recientes, es fiesta

El **Editorial** desarrolla el tema: «*Ipsa conteret caput tuum*».

Sección «**Plura ut unum**»: **La Inmaculada, vencedora de la serpiente**, por el P. Francisco de P. Solá, S. J. (pags. 2 y 3); **La Inmaculada Concepción de la Cataluña medieval**, por Antonio Borrell (pags. 4 y 5); **La tradición de una Virgen madre del Salvador**, por Luis Figueras Fontanals (pags. 6, 7 y 8); **Una fuerza política denunciada como aglutinante político durante la restauración francesa**, por Juan Manuel Montobbio Jover (pags. 9 y 10).

Sección «**Del Tesoro Perenne**». «**Nova et vétera**»: **El dogma de la Inmaculada Concepción en relación con las tendencias sociales**, por el P. Enrique Ramière, S. J. (pags. 10 y 11); **Las tentaciones del desierto**, por Giovanni Papini (pag. 14); **Meditación de las dos banderas. El «mal espíritu» en los ejercicios de San Ignacio**, por el P. Ramón Orlandis, S. J. (pag. 15); **Apariciones de Satanás**, por Mons. León Meurin (pag. 16); **La esfera y la cruz**, por G. K. Chesterton (pags. 17, 18 y 19); **El primer enemigo: Satanás**, por el P. Enrique Ramière, S. J. (págs. 20 y 21).

Sección «**A la luz del Vaticano**», La Vida: **Libertad y libertad**, (pag. 22); **Notas y comentarios** (pags. 23 y 24).

Las páginas centrales están enaltecidas por la imagen de la Santísima Virgen, junto a la cual se reproduce el texto de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y una bella poesía de Juan Jáuregui Aguilar. (1583 - 1641.)

Los dibujos que ilustran el presente número, son debidos a la pluma de Ignacio Serra Goday.



Cuevas de Artá - Mallorca



§
•

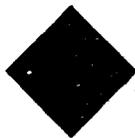
Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Industrial Anónima

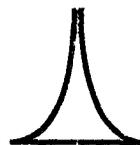
G. V. C.

Barcelona



VINOS

RAFAEL ESCOFET



Rambla del Generalísimo, 11
Teléfono 1415
TARRAGONA

Gran festival benéfico Pro "Hospital de San Lázaro" y "Pobres Desvalidos"

Patrocinado por **RADIO ESPAÑA DE BARCELONA, S. A.**, se celebrará (D.m.) a las 6 de la tarde del día 27 de diciembre próximo en la **SALA MOZART**, calle Canuda, 31

PROGRAMA

I	II	III
Representación del cuadro escénico titulado MARTA Y MARIA , de doña Teresa Cabarrús de Morshail	Concierto en Re mayor Coronación de Mozart, con doble cuarteto de cuerda.	Preludio (de los Cantos Españoles). Granados
Maria. Srta. Josefina Rizo		Rumores de la Caleta. Albéniz
María. > Eugenia Mata	2.º Piano a cargo de la profesora señorita Mercedes Roldós.	Marcha de los habitantes del bosque Marqués
Una mujer. > Gracia Sánchez		Polonesa n.º 1. Chopín
Coro a voces blancas dirigido por el maestro Antonio Catalá	Pianista: E. CERVELLÓ	Vals n.º 14 (post.) >
		Pianista: E. CERVELLÓ

¡SUSCRIPTOR COOPERA CON TU ASISTENCIA Y DONATIVO!

CRISTIANDAD

NÚMERO 17 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.
TRIMESTRAL 12' - »
EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1 Diciembre de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870
B A R C E L O N A
ECHEGARAY, 19 - MADRID

“IPSA CONTERET CAPUT TUUM”

La moral afirma y nuestra conciencia más íntima atestigua que en el fondo de todo pecado, debajo de un cubierto de ignorancia y de debilidad yace siempre la malicia. Como que sin ella no habría pecado.

Pues bien; diríase que sentimos una repugnancia invencible en recurrir a la malicia para explicar el presente estado del mundo. Se admitirá todo: nacionalismo, ambición, leyes económicas; pero la existencia de la maldad, de la maldad interesada que no necesita para sostenerse pábulo alguno de beneficios, sino que se nutre y vive de sí misma; la que impulsa toda rebelión y sostiene toda tiranía, parece imposible a nuestras conciencias delicadas. El liberalismo, si ha minimizado el concepto del bien, ha minimizado también el concepto del mal. De esta manera, ha suprimido de la Historia humana todo elemento de grandeza.

Contra esta concepción, los hechos que estamos viviendo se levantan y aportan el testimonio irrefutable de su propia existencia, que no puede ser empujada. La causa que los explique ha de ser proporcionada a ellos. ¿Qué origen, qué sentido tiene este estremecimiento constante, esta agitación que perturba las inteligencias, endurece los corazones, demole ciudades; que acusa, por todas partes, el paso funesto del Exterminador? ¿Será fruto de la sola ignorancia o debilidad una catástrofe que no ha tenido su parecido en el recuerdo de muchas generaciones?

Desde el instante en que el primer hombre introdujo en el mundo, en uso libérrimo de su voluntad, el primer llanto con la primera culpa, éstos han sido, por siempre jamás, peregrinos inseparables. Siempre han avanzado juntos el pecado y el sufrimiento. Pero este sufrimiento, castigo dado por un Dios en quien la justicia y la misericordia misteriosamente se confunden, no se propone la muerte del culpable, sino su curación, con tal que él lo acepte humildemente. Por esto, los ángeles que el número próximo de CRISTIANDAD sorprenderá rodeando el pesebre de Belén, no harán otra cosa que continuar pregonando las Leyes de la amorosa Providencia divina al anunciar la “paz a los hombres de buena voluntad”.

“Paz a los hombres...” Y con todo sigue la guerra, sigue el imperio del mal. ¿Será esto la obra exclusiva de unos pocos malos, de unos cuantos centenares de personas? No, y sí. No, porque Dios no habría abandonado al mundo a sus manos si el mundo no hubiera merecido, si el mundo no hubiera elegido ser dominado por ellas. Sí, porque el grito deicida “Non hunc, sed Barabbam” que sigue profiriendo la “multitud de los impíos” es, ahora como siempre, un grito dirigido, instigado.

La voz que lo clama es en este momento un concierto que llena el universo entero. Esta es la realidad. Es la voz potentísima del que San Agustín no ha terminado de llamar “el cuerpo místico del diablo”. Y este cuerpo está constituido en ejército militante, y este ejército tiene un estado mayor, y este estado mayor tiene un estratega poderoso a su cabeza. Ved su proceder. Consciente de su fuerza, no es ya Satán la “serpiente antigua” que procura insinuarse en el corazón de Eva; no le hace falta la astucia desde que ha logrado seducir al orbe con la obra maestra de conseguir que nadie crea en él.

Ahora, libre el campo de todo recelo hacia él, puede avanzar a pecho descubierto sin temor alguno; es el Dragón que, echado del cielo, espera en nuestro mundo el momento de poder devorar la descendencia escogida de la Mujer.

* * *

“No luchamos contra la carne y la sangre”; debemos percatarnos de ello. El significado del combate violentísimo que se desarrolla en nuestros tiempos es más alto. Mirad las imágenes que utilizan los Pontífices para describir el estado de nuestra sociedad, y sentiréis un estremecimiento. Sólo encuentran parangón en el pasado con los tiempos del Diluvio. Sólo encuentran parangón en el futuro con los tiempos del Anticristo.

Ante estas dificultades, la Iglesia nos propone, como prenda de esperanza, el dogma de la concepción Inmaculada de María. Serpiente, Dragón, no escapará Satán a la Sentencia que pronunció Dios contra él en el Paraíso: “Ipsa Conteret Caput Tuum”.



La Inmaculada, vencedora de la Serpiente

El punto céntrico de la Sagrada Escritura es Jesucristo. A Él convergen los escritos del Antiguo Testamento para vaticinarlo, y los del Nuevo para ponernos de manifiesto su misión divina en la Tierra. La historia toda del pueblo de Israel se nos presenta como la de un pueblo que camina ansioso hacia el Mesías y que luego, cegado voluntariamente, rechaza la luz y queda envuelto entre las tinieblas de la noche y anda errante por todo el mundo buscando en vano al que tuvo en su casa y no quiso reconocer.

Y junto a Cristo tiene cuidado la Sagrada Escritura de colocarnos siempre a la Virgen Santísima Inmaculada. En las primeras páginas del Génesis, apenas los primeros Padres cometieron su primer pecado y el demonio salió triunfador del primer combate con la humanidad, hace su primera aparición el futuro vencedor de la serpiente: Cristo; y junto a Él, asociada a su obra, vencedora también ella de la serpiente, se nos pone a la Virgen. "Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre su descendencia y la tuya; ella quebrantará tu cabeza por más que tú acecharás contra su calcañar". Y esta lucha iniciada en el Génesis, vaticinada en el Paraíso, ha sido la guerra continua de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas, la lucha del bien contra el mal, la rebelión constante de los satélites de Satanás contra la Iglesia de Cristo.

La Concepción Inmaculada de María no es sino el golpe de gracia, por así decirlo, que recibió el demonio en su lucha infernal contra los hombres. Y así se entiende la grandeza de este privilegio mariano. Encuadrémoslo en su realidad.

Por el primer pecado la humanidad toda había sucumbido al poder del enemigo de Dios. El demonio, abatido en su primer encuentro con su Criador, y arrojado por Él a los abismos del infierno, levanta cabeza al contemplar sobre la tierra un ser amado de Dios: el hombre. Y concibe una idea infernal: "¿No he podido contra Dios? pues veré de poder contra sus planes". Y ataca al hombre, que todavía no está confirmado en gracia y por lo mismo puede ser instrumento útil a sus artimañas. Se presenta a la lid y... sale vencedor. En su soberbia satánica cree que ha echado por tierra los planes del Altísimo y entona su himno de victoria: todo el linaje humano es de Satán; todos los que de raíz viciada nacerán, estarán marcados con el estigma del pecado; podrán luego volverse a Dios y se reconciliarán con Él, pero las primicias de su existencia serán una proclamación del triunfo del demonio contra Dios. Pues bien; para humillar semejante presunción, en el mismo instante en que la serpiente se proclama vencedora, fulmina Dios el rayo del castigo: no toda la humanidad estará sujeta para siempre al poder del enemigo. La lucha en que tan fácilmente salió vencedor el demonio no ha sido decisiva, sino el comienzo de enemistades perpetuas entre el demonio y la humanidad; porque de esta humanidad caída ha de salir el Redentor, el que triunfará completamente de la astucia de Satanás, el que rescatará la humanidad esclavizada, pero como este Redentor será a la vez Dios y hombre la humillación sufrida por el enemigo de Dios no sería humillación adecuada a su perversidad; todavía podría vanagloriarse de que había causado tantos males a Dios que era menester que el mismo Dios bajara del cielo y asumiera carne humana, pues una pura criatura no podría escapar a sus perfidias. Para que la victoria fuera humillante para el derrotado enemigo de Dios escoge el Señor a una pura

criatura, igual por completo a las demás, y que como la primera prevaricadora, pertenezca al sexo más débil y sugestionable: esta doncella, sacada de la humanidad, participará de todas las flaquezas humanas que no importen imperfección moral, porque en su alma será purísima, comenzará a existir exenta de un tributo que todos los mortales pagan a Satanás al entrar en el mundo de su existencia, y con ello su primera acción al recibir el ser será aplastar la cabeza de la serpiente que acechará contra ella como contra todos los demás.

Y la vida toda de María unida estrechamente a la del Redentor, será una lucha continua con el demonio, el cual quedará herido de muerte cuando al pie de la Cruz ofrecerá María a su Hijo al Padre celestial en satisfacción por los pecados de los hombres, y ella misma con amor de madre, dignidad de Sacerdote y espíritu de mártir se inmolará con su Hijo cooperando así a la Redención del linaje humano y triunfando plenamente de la serpiente infernal.

Pero las enemistades anunciadas por Dios en el Paraíso son enemistades eternas que no terminaron en la Cruz. El demonio había entonces perdido una triple partida, en frase de Pío IX (Bula *Ineffabilis Deus*) que habían a su vez ganado Cristo y su bendita Madre; pero las iras infernales no cesaron un punto. Como en los primeros días de la humanidad quiso desbaratar los planes de Dios haciendo prevaricar al hombre, así ahora al sentir su cabeza aplastada por el peso de la cruz y el pie inmaculado de la Corredentora, renueva su juramento de enemistad eterna y se lanza a la lucha contra la descendencia de la "Mujer", que en concreto es actualmente la Iglesia Católica. La dramática lucha multisecular de la serpiente contra los descendientes de la Mujer del Génesis la describe con viveza y energía el Apóstol San Juan, que la contempló en su visión de Patmos. "Y se vió en el cielo, escribe, una gran señal: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza corona de dos estrellas. Y como quien llevaba fruto en el vientre daba voces con los dolores del parto y trabajaba en el parir. Y vióse otra señal en el cielo: y ved ahí un dragón grande, bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas suyas siete diademas. Y la cola de él arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las lanzó a la tierra. Y el dragón se irguió delante de la mujer que estaba para parir, para, en cuanto pariese, devorar el parto de ella. Y parió un hijo varón el cual ha de regir todas las gentes con cetro de hierro: y fué arrebatado el parto de ella a Dios y a su trono. Y la mujer huyó al desierto, allí donde su lugar aparejado por Dios, para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días". Luego en breves palabras expone el Santo Evangelista la rápida lucha habida en el cielo entre Miguel y los ángeles buenos contra los infieles al Creador, y termina: "Y fué lanzado el dragón grande, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el que seduce a todo el orbe, fué lanzado a la tierra, y con él fueron lanzados los ángeles suyos... Y cuando vió el dragón como había sido lanzado a la tierra, persiguió a la mujer que parió al varón. Y diéronsele a la mujer dos alas del águila grande, para que volase al desierto al lugar suyo, allí donde se sustenta tiempo y tiempos y medio tiempo (es decir tres años y medio), fuera de la vista de la serpiente. Y lanzó la serpiente de su boca detrás de la mujer agua como un río, para hacer que se la llevase el río. Y socorrió la tierra a la mujer, y abrió la

tierra su boca, y tragó el río que lanzara de su boca el dragón. Y se encolerizó el dragón contra la mujer, y fuese a hacer guerra con los restantes de la posteridad de ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús. Y se plantó en el sable de la mar. (Apoc. 12).

No hay duda de que esta mujer de que nos habla el Apocalipsis en este lugar es la misma de que se hace mención en el Génesis, puesto que se trata de la lucha con la "serpiente antigua" que no es otra que la tentadora del paraíso. Sin embargo, si se quiere aplicar este pasaje a la Iglesia, no hará sino confirmar nuestro aserto, pues entonces la "Mujer-Iglesia" será la descendencia de la "Mujer-María" que aplasta de continuo la cabeza del dragón que está, continuamente también, acechando contra su calcañar. Los Santos Padres aplican más generalmente a la Virgen la figura del cap. 12 del Apocalipsis, y algunos, como San Bernardo, dicen expresamente que se refiere a ambas. En todo caso siempre queda en pie la afirmación de los Padres del Concilio Vaticano: "Como quiera que según la doctrina apostólica expuesta en Roma 5 8; 1 Cor. 15 24; 26, 54, 57; Hebr. 2 14-15, y otros lugares, el triunfo que reportó Cristo de Satanás, la antigua serpiente, lo constituyó como por partes integrales el triple triunfo del pecado, de la concupiscencia y de la mujer; y como quiera que el Génesis 3 15 muestra a la Madre de Dios como singularmente asociada a su Hijo en este triunfo añadiéndose el sufragio unánime de los Santos Padres, no dudamos de que en el mencionado oráculo se

significa a la Virgen insigne por esta triple victoria". Con estas palabras parece que los Padres del Concilio Vaticano recibían consuelo y esperanza en medio de las terribles convulsiones del siglo XIX; y como ellos mismos se sentían combatidos por la furia infernal, que no cesó hasta arrojarlos de la Ciudad Eterna, haciéndoles interrumpir las tareas conciliares, volvían los ojos a la Madre Inmaculada a la luchadora eterna contra el dragón, y no dudaban que había aplastado la cabeza de la serpiente en el primer instante de su existencia, no permitiría que en la lucha por la fe y contra el mal, prevalecieran los enemigos de su Hijo.

Nosotros echamos también ahora una mirada sobre la tierra y nos espanta la catástrofe universal que estamos presenciando. No son solamente los ejércitos que por tierra, mar y aire siembran la desolación por todas partes con sus armas mortíferas y hasta el presente jamás imaginadas, sino que los ejércitos infernales van también diseminando la más espantosa inmoralidad, tanto en el campo de las costumbres, como en el de las ideas. Y la lucha del mal contra el bien cada vez adquiere mayores proporciones pudiéndose prever una batalla gigantesca que pueda ser decisiva. Y ahora más que nunca, ante el espectro de tanta calamidad y los quejidos de tanta miseria nos parece que la mujer del Apocalipsis se enfrenta contra el dragón, la antigua serpiente y cumple el vaticinio de San Juan:



"Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a los ejércitos de ellos reunidos para dar la batalla... Y fué asida la bestia y con ella el falso profeta el que hizo los portentos delante de ella con los cuales se lujó a los que recibieron la señal impresa de la bestia y a los que adoraban la imagen de ella: vivos fueron lanzados los dos al estanque del fuego encendido con azufre" (Apoc. 19 19-20). De la Inmaculada Virgen hemos de esperar la regeneración de la sociedad tan viciada. Sólo ella, que forma causa común con Jesucristo, puede derrocar a los enemigos de la Iglesia; sólo ella puede restaurar sobre la tierra el reino del bien; y sólo ella puede hacer que se acelere el día — aquel día que alborozado le parecía presagiar Pío XI al instituir la festividad de Cristo Rey — en que sujetos los poderes infernales y sometidos al dominio de Cristo todos los enemigos, reine Cristo Jesús plenamente, desplegando sobre todos aquel magnífico programa de su reinado: regnum veritatis et vitae, regnum sanctitatis et gratiae, regnum iustitiae, amoris et pacis. Entonces habrá terminado la lucha; la *Mujer* y su *Descendencia* habrá conseguido la victoria final y en unión con María Inmaculada cantaremos el canto eterno de la victoria. Y entre tanto exclamaremos suplicantes y con ansia: "Veni, Domine Jesu"; pero escuchemos también la respuesta alentadora: "Etiam, venio cito", "sí, vengo pronto" (Apoc. 22 20).

Francisco de P. Solá S. J.

La Inmaculada Concepción

en la Cataluña medieval

El día 8 de diciembre de 1854—ahora cumplen los noventa años—Pío IX, de santa memoria, publicaba la Bula "Ineffabilis Deus", y con ella dió a conocer al mundo, que el Misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima, ya era dogma de fe: "Definimos que... la doctrina que dice que la Bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su concepción... fué preservada inmune de toda mancha de culpa original, está revelada por Dios, y se ha de creer por todos los fieles, firme y constantemente" (1); y cuatro años más tarde la propia Virgen en Lourdes confirmaba la declaración del representante de Cristo en la tierra, con aquellas palabras: "Je suis l'Immaculée Conception".

Con ello, y dando satisfacción a la gran mayoría de católicos, que habían creído firmemente en la realidad del Misterio, se zanjó, de una manera definitiva, la discusión que había dividido a los teólogos.

"Vergonya veda de fer sovant ço que llei no prohibeix. Jatsia que l'Esgleia permeta tenir aquella opinió que més plaurà a cascú de la dita concepció, per tal com los doctors catòlics n'han tengudes diverses opinions, emperò la veritat és que en la dita concepció no entrevenc peccat original"... Y continúa, "mas Nostre Senyor Déu és sobrenatural, lo cual de gràcia especial, volgué e ordenà que la dita concepció fos immaculada e exempta de tota taca, e en aquella miraculosament obrà: car no era consonant a raó que la vestidura que Ell se devia vestir fos de peccat censurada".

Raimundo Lulio, ya había dicho:

"Qui en Maria pensi màcula, en el sol considera tembres"). ("Quien en María piense mácula en el sol considera tinieblas"); y en semejante sentido se expresaron Eximénis, Jaime Roig, etc. (4).

Fué la conducta de los reyes, de adhesión inquebrantable a la verdad que hoy es dogma: Pedro IV formaba parte de la Cofradía de la Purísima; el rey Martín la enriqueció de favores y privilegios; el rey Alfonso contribuyó a que el Concilio de Basilea declarara piadosa y conveniente la creencia en el Misterio de la Concepción Inmaculada.

La conducta de los reyes no se circunscribió al orden privado sino que como legisladores y promulgadores de la voluntad del pueblo defendieron la creencia en la Concepción Inmaculada de María yendo así al unísono con las Corporaciones públicas representantes genuinas del pueblo.

Así, el día 13 de diciembre de 1390, el Consejo de Ciento acuerda que *"fos feta festa de la Concepció madona de Santa Maria"*. ("Se hiciese la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora Santa María".)

Pero es interesante recordar la posición que adoptó nuestro pueblo, en aquellos tiempos pretéritos en los que, existiendo para los católicos libertad de adherirse o no a lo que hoy es dogma de fe, grandes sabios, teólogos y santos eran de opinión contraria a la Concepción Inmaculada de María Santísima (2).

Nuestro pueblo cuyo espíritu y fervor mariano se refleja en el gran número de templos, monasterios, ermitas y santuarios, que, dedicados al culto de la Virgen, en sus diversos atributos, son exponente en cada comarca de una devoción secular y consubstancial con su alma, no podía menos de creer firmemente que María fué concebida sin mácula de culpa original, y defender esta creencia; y así lo vemos aceptado y defendido en los tiempos medioevales por sabios, por reyes y por el pueblo.

Bernat Metje, en el 1398 (3) se expresa en los siguientes términos:

"A menudo la vergüenza nos priva de hacer lo que la ley no veda. Aun cuando la Iglesia permita tener a cada uno la opinión que más le plazca de dicha concepción, ya que los doctores católicos han opinado diversamente, empero la verdad es, que en dicha concepción no hubo pecado original"... "pues Dios Nuestro Señor está sobre toda naturaleza, el cual por gracia especial quiso y ordenó que dicha concepción fuese immaculada y de toda mancha exenta obrando en ella milagrosamente: pues no era de razón que la vestidura que Él había de tomar estuviese sucia de pecado").

El rey don Juan, con el deseo de honrar la solemnidad de tal misterio mandó a los vegueres, jurados, consejeros y prohombres de la ciudad de Gerona que tal día lo solemnizaran con gran reverencia y honor tanto con la celebración de los divinos oficios, como por *"processió amb trompes, tabals e altres instruments e acostumats senyals d'honesta alegría, ordenant també que si algú, per predicació o altre mitjà vol impugnar res d'aixo, que se'l faci callar i si no vol que se'l desterrí"*.

(... "procesión con trompas, tabales y otros instrumentos y usuales muestras de honesta alegría, ordenando también que si alguno por predicación u otro medio, quiere impugnar algo de esto se le haga callar y si no quisiere sea desterrado").

Legisló en el mismo sentido el rey Martín.

Pero la fe de los catalanes en el Misterio de la Concepción Inmaculada de María Santísima, resplandece con mayor fuerza, no por actos de reyes, sino de toda Cataluña representada por los tres brazos: la nobleza, el eclesiástico y el pueblo.

En efecto: estando en la regencia Juan, rey de Navarra, y hermano del de Aragón, fueron celebradas Cortes.

(1) Jesús Bujanda S. J. Manual de Teología Dogmática, pág. 284

(4) José Roura, Pbro. «Els dogmas de nostra fe».

(2) San Anselmo, San Buenaventura, Santo Tomás. V; Bujanda id. id.

(3) Lo Somni: Edición «Els nostres clàssics», pág. 76.

Dice así el acta:

“Als 8 dies del mes d’Abril que s’esqueia en divendres, de l’any que comptaven 1456, convocades al so de la campana major de la Catedral de Barcelona i en la seva aula Capitular celebraven sessió les Corts catalanes. Presidia el Sereníssim senyor Joan, Rei de Navarra, tinent lloc del nostre sereníssim rei natural, i hi assistiren els tres braços: eclesiàstic, militar, civil. I heus ací que s’alça de peus, Joan Margarit, bisbe a-les-hores d’Elna, en el Rosselló, per ésser-ho més tard de Girona, i cardenal a la fi; i obrí la boca a semblant parlament: No res menys, Senyor molt excel·lent, prega aquesta Cort a vostra gran excel·lència que li placia voler otorgar les Constitucions i Actes de Corts següents, co és, que amb loació, aprovació e consentiment de la present Cort, vulla fer Constitució que no sia lícit a alguna persona de qualsevol grau o estament sia, dins aquest Principat, asseverar, predicar e disputar que la gloriosíssima Verge Maria sia concebuda en pecat original, de tal cosa parlar o dogmatitzar públicament o oculta, sots pena de perpetual exili.

“El sereníssim don Joan, a la requesta del bisbe Margarit parla així eloqüentment i sàvia; en nenguna cosa tan lo bon Príncep no deu girar la sua pensa com en aquelles por les quals la honor de Déu e de la seva excel·lent mare e dels altres sants i santes del Paradís és exalçada e los poblats a ell súbdits, d’escandols, de sinistres i seguir-se podrien, son preservats. Entre los altres sants, la sacratíssima Verge, Mare de Déu e Home, és estada per la Santíssima Trinitat singularment preelecta per ésser vaixell de puritat i sacrari del Sant Sperit i mitjancera de pau en lo sagrat ventre virginal, de la qual es estada feta reconciliació e confederació entre Déu e los homens e de molts altres e inefables privilegis e prerrogatives e gracies és estada per lo Fabricador del món, decorada. A la qual tota persona e pot segurament recórrer, així com a port de salut e àncora ferma d’esperança... D’ella reben totes les gens del món infinides misericòrdies e gracies: los catius, redenció; los infirmants, sanitat; los peregrins, rèdit; los encarcerats, liberació; los navegants, port; los opresos, adjuutori; los pecadors, indulgència; los justs, premi; los àngels, letícia e tota la Santíssima Trinitat gloria. No és, doncs, maravel·la si los faels cristians a Ella devots, de justa ira se commouen quan de la inefable puritat o de la sua santsa Concepció veu disputar o metre en dubte, e per alguns curiosos o temeraris ésser públicament predicat, Ella ésser concebuda en pecat original”.

* * *

Y como consecuencia de tal acto de Cortes fué la disposición contenida en la Constitución única del título 2.º, libro 1.º, volumen 1.º de las de Cataluña, que dice: “Ordenamos que ninguna persona en todo el principado de Cataluña, ya sea eclesiástica, ya laica, religiosa, mendicante, o de otro cualquier estamento, religión, profesión o condición, se atreva públicamente a predicar o dogmatizar, ni públicamente afirmar o disputar que la sacratísima Virgen María, fué manchada con el pecado original en su Santa Concepción, como ni tampoco se atreva a decir que el sostener, predicar o afirmar que la dicha Santísima Virgen fué preservada de la dicha mancha original, es opinión falsa, improbada o indevota, ni en otra manera impugnar esta dicha opinión, y se abstenga de difundir semejante doctrina, de tal predicación o pública disputa y afirmación, poniendo freno a su lengua temeraria y a sus razonamientos indiscretos, principalmente cuando ninguna necesidad de la santa fe católica nos obliga a confesar tal cosa; y si alguno de cualquier estamento, religión o condición hiciere o dijere públicamente contra las cosas contenidas en la presente ley o alguna de ellas, ordenamos, que tales contraventores por el mero hecho sean habidos por enemigos del señor Rey, y sean perpetuamente desterrados del Principado de Cataluña; de cual destierro no pueden obtener gracia, disimulo o remisión alguna (5)”.

“A los 8 días del mes de Abril que caía en viernes, del año que contaban 1456, convocadas al son de la campana mayor de la Catedral de Barcelona y en su Sede Capitular, celebraban sesión las Cortes catalanas. Presidió el Serenísimo señor Juan, Rey de Navarra, lugarteniente de nuestro Serenísimo Rey natural; asistieron los tres brazos: eclesiástico, militar, civil. Y he aquí que se levanta Juan Margarit, obispo entonces de Elna, en el Rosellón, que lo fué más tarde de Gerona, y después cardenal; y habló lo que sigue: Nada menos, Señor, muy excelente, ruega esta Corte a Vuestra excelencia, que le plazca querer otorgar las Constituciones y Actos siguientes, esto es, que con el pláceme, aprobación y consentimiento de la presente Corte quiera otorgar Constitución de que no sea lícito a nadie, cualquiera que sea su grado o estamento dentro de este Principado, aseverar, predicar, y disputar que la gloriosísima Virgen María fuese concebida en pecado original, y hablar de tal cosa o dogmatizar pública u ocultamente, bajo pena de perpetuo destierro.

“El serenísimo don Juan a la requesta del obispo Margarit, habló así, sabia y elocuentemente: En nada debe pensar tanto un buen Príncipe como en aquellas cosas mediante las cuales el honor de Dios y de su excelsa Madre y de los otros santos del Paraíso, es ensalzado y los pueblos, súbditos suyos, son preservados del escándalo y de los siniestros que podrían seguirse. Entre los otros Santos, la Sacratísima Virgen, Madre del Dios-Hombre, fué, por la Santísima Trinidad, singularmente preelecta para ser nave de pureza y Sagrario del Espíritu Santo y medianera de paz, en cuyo sagrado vientre virginal se verificó la reconciliación entre Dios y los hombres y con muchos otros inefables privilegios, prerrogativas y gracias, fué honrada por el Creador del mundo. A la cual todos pueden recurrir con seguridad como puerto de salvación y ancla firme de esperanza... de ella reciben todas las gentes infinitas misericordias y gracias: los cautivos, redención; los enfermos, salud; los peregrinos, regreso; los presos, liberación; los navegantes, puertos; los oprimidos, ayuda; los pecadores, indulgencia; los justos, premio; alegría, los ángeles, y toda la Santísima Trinidad gloria. No es, pues, maravilla si los fieles cristianos y devotos de ella se agitan con justa ira cuando oyen disputar o poner en duda su inefable pureza o santa concepción y por algunos curiosos o temerarios ser públicamente predicado el que ella ha sido concebida con el pecado original”.

rrados del Principado de Cataluña; de cual destierro no pueden obtener gracia, disimulo o remisión alguna (5)”.

Pasaron los años y llegó el 18 de julio de 1651: se encontraba Barcelona en guerra en el exterior y la peste la azotaba en el interior. En tan críticos momentos los Consellers del antiguo Consejo de Ciento, asisten, en la Catedral, a un solemne oficio; llegado el ofertorio, el “Conseller en Cap” en nombre de la ciudad ofrece las llaves de sus puertas a María Santísima de la Concepción, encomendándole y suplicándole que sea la guarda y custodia de la urbe.

Esta es la posición que adoptó nuestro pueblo, cuando no era de fe la creencia del Misterio de la Concepción Inmaculada de María, ésta era la afirmación del pueblo mariano por excelencia, que hasta nuestros tiempos ha conservado, como saludo de paz, al entrar en los hogares ajenos, aquellas bellas palabras: “Ave María Purísima”, que son contestadas: “Sin pecado fué concebida”.

Antonio Borrell.

(5) Juan, rey de Navarra, lugarteniente general de Alfonso IV, su hermano, en las Cortes de Barcelona, año 1456, Cap. 1.

NOTA —En la traducción de los textos catalanes se ha procurado atender más a la exactitud que a la elegancia sintáctica.

La tradición de una Virgen, madre del Salvador

DEL GÉNESIS A LAS LEYENDAS CLÁSICO-ORIENTALES

Todos estamos de acuerdo de que entre las múltiples disciplinas con las cuales lucha el hombre, unas más que otras, están sometidas a una evolución constante, y así ocurre que ideas las cuales todos aceptamos como ciertas hoy, mañana constituirán simples ingeniosidades, si bien entretenidas, faltas de veracidad.

No vaya a creerse, empero, que las palabras que anteceden a este ensayo sean dichas con la convicción, por parte de quien las escribe, de que sus argumentos estén faltos de verosimilitud. Todo lo contrario, unos temas, más que otros, pueden ser tratados con cierta indulgencia por quien los escribe y por el que los lee, mas hay otros a los cuales, el lector y escritor, se ven obligados a circunscribirse, en lo posible, a las más depuradas corrientes de la investigación.

Pero como ya se ha señalado antes, la investigación evoluciona —¿en sentido más o menos progresivo?—, y quizás ocurra, cuando estas líneas hayan salido de la imprenta, que algún sabio ignorado, haya formulado nueva teoría sobre el equivalente del Zeus griego, pongamos por caso, y la divinidad mesopotámica de Zi o Zou. Y digo esto, porque precisamente este trabajo, va destinado a demostrar una serie de leyendas que, surgidas todas de la cuna de la humanidad, van conducentes a un mismo hecho: mantener viva la idea de la redención del género humano por un Salvador, nacido de una Virgen Inmaculada. Por tanto, puestos todos de acuerdo sobre la ortodoxia de la intención, no será ni de más ni de menos, el que exista alguna confusión sobre la verdadera interpretación de un Prometeo o de una Io, cuando el propio Esquilo apenas encandila, envuelto en tenebrosa confusión, un sólo destello de la verdad.

Tampoco habrá que tomar este trabajo como una concepción racionalista que pretende igualar, en su común significación, unas tradiciones, que si bien partieron de un fondo de verdad, no pueden parangonarse, por su grosería, con la verdadera tradición contenida en los primeros versículos del Génesis. El inconveniente de no comprenderlo así puede motivar sendo confusionismo de ideas. Por esta razón he creído conveniente insertar aquí un párrafo de un escritor genial, Chéster-ton, por cuya pluma se puede columbrar lo que es confusionismo y sus consecuencias.

Nos sitúa Chéster-ton en un callejón de Londres ante el escaparate de la editorial del "Ateísta". Frente a ella, se detiene un buen gaélico, Mr. MacIan.

El director del "Ateísta", había expuesto en el primer lugar del periódico y en lo más visible de la vidriera un artículo titulado "La mitología mesopotámica y su influencia en el folklore siríaco", Mr. Evan MacIan comenzó a leer distraídamente... Lo mismo podía enterarse de los dioses de Mesopotamia como no enterarse; así, arrimado su rostro, largo y flaco, a la turbia y glacial vidriera, leyó cuanto había que leer acerca de los dioses de Mesopotamia. Leyó como en Mesopotamia había un dios llamado Sho (que a veces se pronunciaba Ji) descrito como un ser muy poderoso, semejanza notable con ciertas expresiones relativas a Jahvéh, de quien también se dice que tenía poder. Evan no había oído en toda su vida hablar de

Jahvéh, e imaginándose que sería otro ídolo de la Mesopotamia siguió leyendo con obtusa curiosidad. Aprendió que el nombre de Sho, bajo su tercera forma, Psa, aparece en una leyenda primitiva que cuenta como, la deidad, a la manera de Júpiter en tantas ocasiones, sedujo una Virgen y engendró un héroe, que fué, según cuentan, el héroe principal y el Salvador en el sistema moral mesopotámico. Después seguía otro párrafo, pero Evan no lo entendió. Lo leyó otra vez, y otra. Entonces lo entendió. El cristal cayó hecho pedazos en el pavimento y Evan se precipitó por la vidriera en la tienda, blandiendo el bastón".

I

Yo pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu raza y la descendencia suya: Ella quebrantará tu cabeza y tú andarás acechando su calcañar.

"Génesis III, 15".

Este párrafo del Génesis es una promesa y a la vez una petición de principio, y esta petición una explicación de su contenido, por donde se infiere una consecuencia inmediata: la idea de un pecado causa de esta enemistad, y otra mediata: la idea de una redención premisa esencial de la liberación.

Porque con este versículo quedaba sellada la promesa de que del linaje de Eva, de una mujer, debía nacer el libertador, un Redentor que había de traer la armonía perdida, entre el Creador y el hombre.

Desde el día del primer pecado el hombre se aparto de Dios, y desde aquel momento hubo que buscar de nuevo el camino que conducía a la reconciliación. "Y ese regreso, esa restauración y transformación, los intentos dirigidos a ella, los progresos y retrocesos en ese camino, constituyen también una parte esencial del argumento de la Historia Universal".

Ese argumento, es largo, sutil quizás en algunas ocasiones, pero constante. Comienza donde acabó la inocencia. Allí, en el Paraíso, a los pies del árbol de la Vida, del Bien y del Mal. Y cuando la descendencia de Adán y Eva, al multiplicarse sobre la faz de las tierras y disgregarse en naciones, perdió (con el pecado), la pureza de la primitiva revelación, forjó un cúmulo de leyendas—conservadas por la Tradición—que si bien todas ellas partieron de una fuente común, con los siglos fueron tomando características propias y diferenciadas, según los pueblos que las crearon, adaptándose a su primitiva historia. Todas ellas son, sin embargo, de un gran valor documental, pues, como dice Weis, "si en la Historia vale poco la teoría, pesa mucho la tradición".

Y sin nuevos circunloquios, pasemos a considerar la supervivencia de la primera revelación al través de estas fuentes primitivas.

Dejando aparte los hallazgos arqueológicos de Mohenjo-Daro, cuya cronología se asienta todavía en las movezcas arenas de las excavaciones, dirijamos nuestro estudio a la tierra de Mesopotamia, a la antigua Caldea, hogar

de la primera humanidad, que todavía conserva entre las márgenes de sus ríos las ruinas de sus primeras ciudades. Quizás resuete algo paradójico el llamar ciudades a unos informes montículos de arcilla, pero el caso es que a lo largo de la planicie mesopotámica, recortan el cielo rutilante las siluetas de esos "tells" o colinas, protohistóricas.

Comenzaron a explorarse durante el pasado siglo; se hicieron pozos, se abrieron galerías, y un día se dió con el palacio de un rey ninivita: el de Asurbanipal, el Sardanápalo de la Biblia. El palacio, se ha llamado Bit-Riduti, era esplendoroso y entre los desescombros de sus ruinas se ha encontrado su biblioteca de tablillas cuneiformes. Eran las bibliotecas de los monarcas asirios los primeros archiveros de la humanidad. Se escribía antes, es cierto; en tierras nilóticas se conocía el papiro y el jeroglífico. Pero su primera literatura ha desaparecido del todo sin dejar rastro.

Pero en Nínive no acaeció lo mismo. Allí los mismos elementos que contribuyeron a la destrucción en tierras ajenas, han servido precisamente para preservar las preciosas tablillas de arcilla. El agua las fraguó y el fuego las ha endurecido.

La biblioteca de Asurbanipal era enorme. Se remontaba al siglo VII, aunque los originales eran de fecha muy anterior. Centenares, miles de tablillas han sido halladas. Pocas estudiadas. Y precisamente unas de éstas en número de 12, recubiertas de los extraños signos cuneiformes fueron estudiadas pacientemente por un asiriólogo inglés, G. Smith. Era un extraño poema, una especie de Odisea caldea, que resumía los conocimientos de los primeros babilonios. Era el poema de Gilgamés, que Smith hace remontar a una época anterior a Moisés, es decir, unos diecisiete siglos antes de J. C.

Poseíamos con ello uno de los más antiguos documentos de la humanidad. Una primitiva cosmogonía ya adulterada, destello de la verdadera revelación. ¿Y qué argumento, se preguntará, encierra este poema arcaico? Sencillamente, un viaje. Un viaje al mar de Occidente donde nuestro héroe va en busca de la inmortalidad. Quizás parezca a primera vista algo secundario el hecho de que Gilgamés fuere al mar del Oeste en busca de esta inmortalidad que reclamaba para su inseparable compañero de fatigas, sucumbido ya. Pero, en realidad, se puede sacar de esta leyenda un fondo simbólico de gran valor.

Porque cuando una vez arribado al fin de su viaje, Gilgamés quiso recibir por boca de su antepasado Samas-Napistim el secreto de la inmortalidad, hallar el secreto de la VIDA, y el medio de escapar a los golpes de la muerte, la respuesta no fué de menor valor. Le dice que es un fruto el que posee la virtud maravillosa de dar la inmortalidad, pero para su desgracia, una serpiente se la robó en el camino de regreso a Erech. Gilmanés pierde así el fruto de su viaje y debe seguir el camino de todos los mortales.

La consecuencia que se puede sacar del contenido de este poema caldeo es el conocimiento por parte de éstos de la existencia de un primer pecado, que trajo consigo la pérdida de la inmortalidad y asimismo la idea especial de que precisamente un fruto sagrado—el árbol del Paraíso, de nuestro Génesis—era el que llevaba consigo el secreto de la inmortalidad.

Finalmente el hecho de que una serpiente fuera la que robara el fruto sagrado, ofrece un paralelismo en efecto sorprendente y sugestivo.

Y como si esta idea no estuviere lo suficientemente confirmada en el poema de Gilgamés, existe un viejo cilindro babilónico, en clorita terrosa, que representa al árbol de la vida y sentados frente a él un hombre y una mujer, y detrás de éste una serpiente. Así vemos que Gilgamés no puede escapar a la muerte por la malicia de la serpiente. Al hombre, caído por el pecado, no le queda más



remedio que esperar su redención, idea que por otra parte ya iba incluida en aquel pasaje del Génesis que hemos citado.

II

Así fué en realidad durante toda la antigüedad. Esta esperanza en la redención fué corriéndose, con los pueblos, a todos los países, y sobre todo el orbe la promesa de una redención se hizo patente cada vez con mayor intensidad. Y para que baste su comprensión solamente nos referiremos a una de estas leyendas que nacidas en el país del politeísmo por excelencia, en Grecia, nos demuestra cuál era en realidad el fondo de esta deificación de la Naturaleza.

Todos hemos oído hablar, desde nuestros primeros años, de una fábula llamada "la caja de Pandora". Pues bien, en este sencillo cuento se halla contenida la esencia de nuestra religión. Pandora fué tentada por una curiosidad irrefrenable, que le llevó a destapar el arcón que contenía los secretos de esta vida. Pero tan pronto como realizara el loco acto salieron, en vertiginosa fuga, los males que en ella estaban encerrados. Pero algo quedó en su fondo. Un bien futuro, un bien en potencia, capaz de restablecer el orden perdido y procurar la felicidad.

Porque si a través de todas las tradiciones de la mitología griega aparece de una manera vaga esta esperanza de salvación, quizás no sean en ninguna otra leyenda, que en la tragedia de Esquilo "Prometeo encadenado", donde la vemos expresada con mayor fuerza.

Pero podemos formularnos una pregunta. ¿Es que Esquilo escribió en realidad una leyenda basándose en los recuerdos de una tradición o simplemente hizo de su obra una ficción poética? Esta pregunta se puede responder diciendo que la obscuridad que reina a través de todo su poema hace suponer que no sea solamente una ficción poética. Si hubiere sido así, seguramente hubiera dado mayor claridad a las expresiones, para conseguir un mayor efecto en sus versos. Si no lo ha hecho es precisamente porque Esquilo se ha limitado a recoger los miembros dispersos de la tradición, que, por otra parte, ya venían contenidos en obras de los poetas primitivos, como Hesíodo.

El mismo lo confiesa por boca de su héroe Prometeo: "tal es el oráculo que me reveló mi madre, la antigua hija de los Titanes". El desorden que por otra parte se manifiesta en el desarrollo de la obra, demuestra igualmente que no todo es ficción, que existe un fondo de verdad. "Y esta verdad—como dice Augusto Nicolás—nos parece la misma que consignó Moisés en el Génesis."

Y si consideramos, en su conjunto, la fábula de Prometeo, descubriremos en sus trazos generales el contenido de esta esperanza. Veámosla en síntesis. "Prometeo que quiso hacerse semejante a Dios, es condenado a espantoso suplicio, en medio del cual alimenta la esperanza de un libertador. Io, la mujer, comparte con el hombre este doble y cruel destino, y de *ella sola* debe salir el libertador común de ambos. La procedencia de este libertador debe tener efectivamente un carácter milagroso: la mujer debe llegar a ser fecunda sin experimentar detrimento alguno en su virginidad—efectivamente, Esquilo llama a Io virgen casta—y de ella solo, por virtud de Dios, debe salir al mundo ese niño cuyo nombre indicará su origen, que será a un tiempo hijo de Dios e hijo de la mujer y, por consecuencia, Dios y hombre."

Esta es, en pocas palabras, la esencia del Prometeo. Claro que existen algunas dificultades para la interpretación de esta leyenda. La primera de todas es la misión de Júpiter de hacer concebir un hijo de una mujer, palabras que sólo pueden aplicarse al Dios verdadero, y que en el caso de Júpiter, no se amoldan perfectamente, porque si bien Júpiter es en la mitología clásica la esencia de la divinidad, es también en la historia de esta propia mitología, un usurpador, que derrocó del trono de los dioses a Saturno. Existe una respuesta a esta dificultad, y es que la mitología griega es un caos de incoherencias. Por esta razón Júpiter es considerado a la vez como un usurpador—en cuyo caso desempeña el mismo papel que el Satanás de los Hebreos, que el Tifón de los Egipcios o el Ahriman de los Persas—y como la divinidad por esencia,

y es por este motivo—escribe A. Nicolás—que se hayan confundido ambos caracteres.

Quizás se considere esta leyenda como insuficiente para afirmar una verdad de tanta trascendencia, pero para que se vea reforzada, la compararemos con otra fábula, con la cual tiene estrecha relación. Nos referimos a la fábula egipcia de Isis y Tifón.

Plutarco nos ha conservado en su tratado de "Iside et Osiride", el contenido de esta leyenda. Según Plutarco, era Tifón el espíritu del mal, al que se representaba por una serpiente. Castigado por una falta se hizo el autor de toda maldad. "Movido por su envidia y malignidad, forjó muchas iniquidades, y habiéndolo puesto todo en combustión llenó de males y miserias la mar y la tierra". Más adelante, dice el mismo escritor: "fué castigado por todas estas maldades, y la esposa y hermana de Osiris se vengó de él, sofocando y encadenando su rabia y furor". En el mismo Plutarco se refiere como un descendiente de Isis, Orus (que Plutarco identifica con el Apolo griego), derribó a Tifón, pero no le quitó la vida, sino que, simplemente, le quitó la fuerza, "porque la diosa, que es señora de toda la tierra", no quiso que su poder fuese del todo aniquilado. Y ante esta leyenda, ¿quién no reconoce con ese pasaje el versículo del Génesis "et tu insidiaberis calcaneo ejus?" De aquí trae su origen la costumbre de los artistas cristianos de pintar a la Virgen con una serpiente enroscada a los pies.

Tales fueron las leyendas con las cuales la antigüedad perseveró en la esperanza de un Salvador, nacido de las entrañas de una Virgen inmaculada. Ya cerca estaba la redención, cuando del corazón de la Grecia, entre la avenida de cipreses que conducía al templo de la divinidad, una tarde, se abre el diálogo—que la filología conoce con el nombre de Diálogo II de Alcibiades—, entre este filólogo y Sócrates.

La duda agobiaba a Alcibiades cuando Sócrates le interrumpe y le dice: "El mejor partido que podemos tomar es esperar con paciencia. Sí, es preciso esperar que vendrá alguno a enseñarnos cómo nos hemos de portar relativamente a los dioses y a los hombres." Y en los albores de la Redención; en otra capital del mundo, en el palacio de Augusto, escribe Virgilio aquella Egloga IV de Polión, vaticinando el nacimiento de un niño, que debía traer al mundo la paz y el bienestar, la restauración de la Edad de Oro, redentora y feliz para el linaje humano.

No pasó mucho tiempo. En un oscuro lugar de Galilea, en Belén, nació el Salvador.

Luis Figueras Fontanals.

Confiamos, con certísima esperanza y absoluta fe, que la bienaventurada Virgen quiera hacer que la Santa Madre Iglesia, libre ya de dificultades y victoriosa de todo error, florezca en todas las naciones, para que las almas erradas vuelvan a la senda de la verdad, y se haga un solo rebaño y un solo Pastor.

PIO IX

Una fuerza apolítica denunciada como aglutinante político durante la restauración francesa

Pese a las variantes que cada siglo impone a la fisonomía de los pueblos, el cauce por el que su vida discurre sigue el mismo. Pero a veces salta de la corriente que rebulle a las orillas la burbuja de una novedad. En esta novedad no es difícil reconocer la marca inconfundible de su procedencia; pierde, pues, después de la sorpresa episódica de su aparición su posible valor de portadora de una revelación insospechada.

Uno de los raros fenómenos, productos del París post-revolucionario, fué el de la espontánea aparición de panfletos políticos con aspiraciones y honores de unión híbrida entre ensayo y dictamen.

París recibía este género con ese amable e inquieto gesto con el que folletinizaba la historia, abaratava la filosofía y especulaba el dogma, sin conocimiento de causa en ningún caso, pero con la fácil seriedad y competencia que le crearon la aureola del más potente faro del siglo de las luces.

* * *

Muchos años después de la discusión del estado civil del clero es los Estados generales, Talleyrand recuerda una bizarra frase pronunciada en aquella ocasión: "Vosotros quitáis a los obispos sus cruces de oro; ellos tomarán una de madera, y es una cruz de madera la que ha salvado al mundo". Quien tal dijo fué el Conde de Montlosier.

Es un poco ingrato el haber de dar datos de una persona que debiera, por su situación en el tiempo, haber pasado a la historia, y la ingratitud estriba precisamente en esto: en que no ha pasado a la historia. Si hubiera pasado y ésta le hubiera ofrecido asiento en sus míticos escaños, no sería necesaria la tarea de resucitar su silueta, que siempre da la fatigosa impresión de haber de escarbar contra el obstáculo del olvido de los años. En esta situación, tal vez no del todo, se encuentra el Conde de Montlosier. El Conde de Montlosier era un viejo gentilhomme de la Auvernia, con todos los defectos y todas las virtudes de su región. De un vigor y una terquedad inquebrantable, de un espíritu de contradicción que no conocía el descanso, de una dureza y falta de tacto verdaderamente montaraces, sigue las vicisitudes de la nobleza francesa durante la revolución. Emigra—y seguramente como buen exilado ni aprende ni olvida nada—, reconoce a Napoleón, recibe de él una pensión y, finalmente, el reconocimiento de ella por Luis XVIII.

En 1927 aparece en París un famoso panfleto: "Mémoire á consulter sur un système politique et religieux tendant a renverser la religion, la société et le trône". Su autor era Montlosier. Este terrible sistema llamado a trastornar la sociedad, la religión y el trono era nada menos que la Congregación Mariana.

El panfleto alcanzó un éxito sin precedentes y todo París en mucho tiempo no hizo más que pasmarse ante las revelaciones de M. de Montlosier.

Montlosier lanza terribles acusaciones contra la Congregación: de los diputados de la Cámara, 150 resultan ser congregantes; la Congregación cuenta con 48.000 afiliados en Francia; la Congregación está logrando un perfecto encuadramiento de los obreros de tipo regimental; y a la muerte de Luis XVIII se propone que si no puede lograrse que todo el Ministerio quede compuesto por congregantes, por lo menos debe exigirse a

los ministros el que entren a formar parte de la Congregación.

Todas estas denuncias venían a unirse y a concretar los rumores acerca de la desconocida fuerza de la Congregación. A la Congregación se atribuía el gobierno de las Academias de Francia y la iniciativa en cubrir sus vacantes, de la Congregación dependía la provisión de las plazas de la Administración del Estado. La Congregación era, en fin, este ente omnipotente y misterioso que entre bastidores estaba gobernando a Francia.

¿Qué fundamento tenían estos rumores? ¿Qué fuentes utilizó M. de Montlosier antes de desahogar sus afares publicistas? Oigamos a este último: "La potencia misteriosa que bajo el nombre de Congregación figura hoy en la escena del mundo me aparece tan confusa en su composición como en su objeto, en su objeto como en su origen." Esta no era más que una manera elegante de disimular que la Congregación le era desconocida. Y hasta qué punto llegaba a sárselo no tenía capacidad suficiente para sospecharlo M. de Montlosier.

* * *

La Congregación de París había resurgido el año 1801 con el nombre de Congregación "Auxilium Christianorum", bajo la dirección del antiguo jesuita P. Delpuits. Esta Congregación no tuvo más actividad que la propia de una Congregación: actividad de una institución que se debe a la vida de la gracia y a nada más. En ella encontraremos las características secciones de todas las Congregaciones—Hospitales, Cárceles, Catequesis, Apostolado de la Prensa, Asociaciones de estudios—, que no perseguían más fin que el puramente sobrenatural. Esta Congregación reunió en su seno los más altos valores de Francia: Montmorency, Rohan, Polignac. Y no es que precisamente para llegar al más alto lugar del servicio de Francia se necesitara ser congregante; es que los congregantes se distinguieron más que nadie en el servicio de Francia.

Pero esto no quiere decir que la Congregación poseyera esta fuerza misteriosa que le atribuyó M. de Montlosier. Su violencia y su fantasía no se explica más que por una falta de equilibrio que hubo de ser la única fuente de tanta abundancia de invenciones. Porque ni los congregantes en Francia eran 48.000, sino 1.000, ni los diputados congregantes eran 150, sino 5, ni la organización regimental de los obreros era más que la obra social de apostolado de la Congregación. Si sólo fuera en las cifras en lo que se desequilibrara M. de Montlosier, podríamos suponer que se trataba de la exageración de sentirse parte en la polémica; pero Montlosier llega mucho más allá y es imposible reconocer como de hombre equilibrado alguno de sus extremos: el de descubrir, por ejemplo, en el color blanco-rosado con que se pintó el pabellón que para alojamiento de niños pobres dirigía en Versailles el Abate Loevenbruck, como uno de los más peligrosos símbolos del complot.

La agitación consiguiente a las revelaciones sensacionales del panfleto llegó a producir varios motines y todas las Cámaras de la Corte Real se reunieron para deliberar acerca de la denuncia de Montlosier. Gossin, Magistrado y congregante, supo poner las cosas en claro, con serena calma: "Los congregantes tienen capilla abierta, autori-

zada, bendecida y honrada por su pastor legítimo, el Arzobispo de París; pero no tienen sala seglar de reunión. Los congregantes no se ven más que al pie de los altares y se ven sin poderse hablar. Jamás se reúnen en ninguna parte más. Oyen su Misa, ruegan con todo su corazón a Dios, que les ve y que les juzgará; pero no dirigen, no gobiernan, no conspiran." El tiempo, podríamos afirmar de manera paradójica que desgraciadamente para Francia, ha venido a confirmar sus aseveraciones; en su propia dispersión, en la falta de energía y de aunamiento político que demostraron sus componentes tiene la Congregación la justificación de que nunca dejó de ser una institución sin más objetivo que el de la santificación de sus miembros.

Pues el ambiente creado por la bravata de Montlosier vino a provocar a la larga la caída de "parti prêtre" y del Gabinete Villèle y la subida de Martignac con las Ordenanzas de 1828, primer peldaño para el descenso definitivo de la dinastía.

* * *

¿Cómo es que sirvió la Congregación para punto de partida de todo esto? ¿Por qué un rudo gentilhomme de la Auvernia la hizo blanco de sus invectivas sin información ni motivo reconocido? Es éste uno de esos detalles absurdos que la Historia se ha complacido en realizar caprichosamente.

Pero, para finalizar, resaltemos algo que no podemos pasar por alto: lo de menos estaba en la neurastenia de Montlosier; lo de más en el complejo del París romántico. Si Montlosier no hizo más que recoger las direcciones de la política sectaria hemos de reconocer que, voluntaria o involuntariamente, no hizo más que ser-

viria. Si París cometió la locura de hacerle caso no hizo más que dar el resultado de las premisas que informaban su vida: amor a la novedad, a las impresiones sensacionales, a tratar y decidir frívolamente los temas políticos trascendentales para Francia. Es éste un complejo largo y difícil de estudio, pero que buceado con detenimiento podría darnos la explicación de estos raros momentos psicológicos de los "coup de feu" y "coup de foudre", que tan curiosamente van sucediéndose en la vida política francesa del XIX, tan rica en variaciones inconcebibles.

También hay que contar con el factor de la falta de energía con que se defendieron los puramente ortodoxos. Tal vez ese metódico espíritu cartesiano, tan propio de los franceses cultos, llegó a lograr inconscientemente que no consideraran siempre, en el fondo, cuestión "de pal ou guillotine" un cambio político aunque trajera consigo el derrumbamiento de un régimen. Tal vez esa consideración y vasallaje ante la forma, también tan francesa, les privó de ser más consistentes y más expeditivos "L'art de bien dire; voilà l'esprit de notre race", dice Taine. Bien dichas. Bien dichas pueden serlo todas las cosas y tanto los unos como los otros pueden decirlos así. Y esta raza cuyo espíritu, si hemos de creer a Taine, descansa sobre un valor meramente adjetivo, fué hilando los pequeños detalles de su vida política—de posteriores consecuencias trascendentales—con una elegancia fatal y suprema.

Aunque cuando surge un grito cordial y habla francamente sabe prescindir de esta carta de naturaleza. Así a Laffitte, uno de los alborotadores de esta denuncia política lanzada contra la Congregación, no le es imposible el decirnos "¡Qué canalla, qué canalla la de mis amigos desde hace quince años!"

Juan Manuel Montobbio Jover.

El dogma de la Inmaculada Concepción en relación con las tendencias sociales

Por el Padre Enrique RAMIÈRE, S. J.

Para ilustrar la relación entre el dogma de la Inmaculada Concepción y las esperanzas que la Iglesia ha fundado en su solemne definición, debemos considerar este dogma en su significación y buscar en la luz que proyecta sobre el mundo la razón de los resultados que de él aguardamos.

Dios, en sus designios, al establecer que fuera la Virgen mediadora y Madre de los cristianos, ha querido que sólo por su mediación se desarrollara la vida en la Iglesia.

Pero, incluso en sus obras más milagrosas, gusta Dios de emplear los medios adecuados al fin que se propone. Ya que, cuanto más fuerza aplica al logro de sus fines, tanta más suavidad dispone en los medios para alcanzarlos (Cap. VIII, 1). Podemos, pues, esperar de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción que, si debe ser para la sociedad la señal de una gran renovación, lleve en sí el remedio conveniente para curar los males que aquejan a esta sociedad. A primera vista tal relación se nos oculta y la razón orgullosa del incrédulo no podría descubrirla. Mas, si permitimos que la antorcha de la fe ilumine nuestra inteligencia, poco nos costará el comprenderla.

En efecto, bien considerado, este dogma se nos presenta como un dogma de misericordiosa conciliación.

Dios es eminentemente conciliador, y en esto no se parece en nada a aquellos de sus servidores que están persuadidos de que conciliación y debilidad son una misma cosa, y que, principalmente, en los debates en que está en juego la verdad, no es posible mostrarse conciliador sin traicionar los derechos de esta hija del cielo.

Es cierto que la conciliación de que se vale el Altísimo en nada se parece a la de aquellos tímidos soldados que siempre temen tomar demasiado a pecho los intereses de la verdad y que creen ganarle los corazones ocultando sus verdaderas características. La verdadera conciliación consiste, al contrario, en mostrar la verdad por entero, y en esto se diferencia de las dos funestas tácticas que acabamos de señalar; ya que, si bien éstas comprometen por igual los intereses de la verdad, se reparten entre ambas la forma de mutilarla, cada una a su manera. Los partidarios del rigor, no mostrando más que el lado severo; los amigos de cobardes concesiones, disimulando toda la fuerza. La única táctica apropiada consiste en mostrar la verdad bajo todos los aspectos, a fin de que cuanto tiene de consoladora y dulce haga menos repugnante lo que tiene de rigurosa y fuerte.

Del mismo modo, efectivamente, que en el fondo de todo error se encubre una verdad, cuya incompreensión es

la causa de la adhesión que el alma concede a lo que es falso, de igual manera en toda repulsión hacia el bien se esconde el amor hacia otro bien que nos imaginamos, equivocada o verdaderamente, incompatible con el primero. De donde se desprende que el mejor modo para volver a la verdad y al bien las almas en que todavía anida algo de rectitud, consiste en mostrarles que esta verdad bien comprendida está en perfecto acuerdo con las tendencias legítimas de su inteligencia y que tal bien es sólo el que puede satisfacer los instintos honestos de su voluntad. Así, disipando sus tinieblas, se desarrollan las luces que llevaban dentro de sí, pero que mal comprendidas les extraviaban; asimismo, luchando contra sus inclinaciones perversas nos apoyamos en otras inclinaciones mejores; se atrae al tiempo que se rechaza y, lejos de sacrificar ninguno de los derechos de la verdad, se le asegura el único triunfo que ambiciona: el homenaje ilustrado de un alma libre.

De esta forma obra Dios con el hombre; de esta forma, principalmente, en la Encarnación de su Verbo, se ha atraído nuestra inteligencia y nuestro corazón (II Cor, 19). Nos habíamos extraviado buscando el modo de hacernos semejantes a Él y de adquirir la ciencia del bien y del mal; había en tal deseo algo de legítimo ya que nuestro corazón está verdaderamente constituido para llegar a ser semejante a Dios, como nuestro espíritu está hecho para conocer la verdad; pero lo que convertía en criminales estos deseos, es que habíamos pretendido conocer la verdad negando nuestra fe a la palabra divina, y asemejarnos a Dios rebelándonos contra Él. Este orgullo y esta incredulidad serán castigadas cruelmente, y no se nos entregará el cielo más que a condición de humillarnos y creer como ciegos en la palabra divina. Mas, mortificando de esta manera las tendencias criminales de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, los legítimos instintos, cuyo abuso nos había descarriado, reciben de Dios una satisfacción muy superior a la que hubiera soñado nuestra locura. Él hace que la verdad no tan sólo nos sea accesible sino palpable, y haciéndose nuestro semejante por naturaleza, nos ordena hacernos perfectamente semejantes a Él por nuestras obras. Lo que en boca de la serpiente no fue más que una cruel ironía, *eritis sicut Dei* (seréis como Dios), se convierte en boca de Jesucristo en una realidad y un mandato: *estote perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est* (sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial).

Por la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, la divina Providencia propone a la sociedad moderna una conciliación del mismo estilo. Nuestro siglo, por encima de todo, es un siglo orgulloso. Sus conquistas sobre la materia, sus descubrimientos, los prodigios de su industria le han infatuado, hasta el delirio. Nunca la palabra de la serpiente, *eritis sicut Dei*, había sido tomada tan en serio. Los hombres que se abandonan a la corriente de las ideas modernas se dividen en dos clases: los indiferentes y los panteístas; los que, prácticamente, al menos, no reconocen Dios alguno y los que se creen dioses. Pertenecen a la primera clase quienes ni se toman la molestia de pensar, y a la segunda los más consecuentes entre los que de ellos piensan. A un siglo de esta naturaleza no le hablemos de caída y de corrupción original, de inclinaciones a combatir, de sacrificios a hacer; para él todas las pasiones son igualmente santas, todas las tendencias legítimas; el mal no existe en los individuos, sino únicamente en la sociedad, que está mal organizada. La redención de los hombres consistirá, pues, en subvertir a la sociedad y en hallar aquella organización en la que todas las pasiones encuentren su entera satisfacción. (Seguimos en esta apreciación de los errores modernos la pauta señalada por el ilustre Donoso Cortes, que, en su "Ensayo

sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo", ha analizado tan bien los principios y caracterizado las tendencias).

¿Cómo actuará la divina misericordia para volver a atraer un siglo que, pese a sus estigmas, se obstina en creerse inmaculado, y que, a pesar de sus miserias, espera encontrar la felicidad en la satisfacción de todas las ambiciones culpables?

Ella le presentará bajo los amables rasgos de una madre la humanidad inmaculada con que sueña; le invitará a festejar esta incomparable pureza; hará resonar hasta los confines de la tierra el himno de alabanzas entonado por el Vicario de Jesucristo. Ningún suceso de este siglo habrá tenido un eco semejante; todas las ciudades, todos los pueblos lo celebrarán; ni las moradas del incrédulo podrán dispensarse de solemnizarlo. He aquí lo que vimos con nuestros propios ojos en 1854. Ahora bien, es notorio que al obligar al siglo a celebrar como un privilegio incomparable la Inmaculada Concepción de María, la Providencia misericordiosa le apremia al mismo tiempo, por la estratagema más divina, a reconocer la condenación que pesa sobre nuestra raza; ya que, si no naciéramos todos culpables, la exención de la Madre de Dios no sería privilegio tan glorioso.

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción y las fiestas magníficas que le han acompañado en el universo entero han sido pues, a la vez, de parte de la Iglesia, una solemne condenación de los errores modernos, y de parte de la sociedad misma una solemne retractación de estos mismos errores. Pero la Iglesia no termina ahí. Recordándonos indirectamente que somos culpable y caídos, nos proporciona el medio de levantarnos de nuestra caída y de lavarnos nuestras manchas; nos muestra el corazón de esta Madre Inmaculada como una fuente de pureza presta a brotar sobre el Mundo. Ella nos advierte que sería tan insensato disimular nuestras miserias como sería contrario a nuestros intereses rehusar el apoyo que el cielo nos ofrece para salir de ellas. Nos hace ver, en el triunfo de la Virgen, la fácil realización de cuantos nobles intereses y aspiraciones legítimas podamos tener.

Por lo demás, la divina omnipotencia junta su imponente voz a los maternales estímulos de la Iglesia; sus palabras son los milagros y, entre éstos, los más adecuados al misterio que el cielo desea glorificar; los milagros de conversiones. ¿En qué época llegaron a multiplicarse como en nuestros días? y es siempre en nombre de la Inmaculada Virgen que se operan. ¿Cuántos han mudado de vida por las plegarias de la Archicofradía del santísimo e inmaculado corazón de María! ¿No cabría decir que los manantiales de la misericordia divina están abiertos y que la Virgen, que dirige las olas según su voluntad, se complace en regar y hacer florecer de nuevo las tierras más estériles? ¿No podría decirse que en su Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, Antigua Parroquia de la parte vieja de París se ha colocado en lo más impetuoso de la corriente de intereses y codicias del siglo, y que desde allí se complace en recoger las almas más violentamente arrastradas, para manifestarlas al punto, como ejemplo, a la sociedad entera y animarla a volver de nuevo, al mismo tiempo que las solemnidades de su Inmaculada Concepción le recordaban su extravío?

Sí, ciertamente, el misterio de la pureza sin mancha de la Madre del género humano es un Misterio de salvación para sus hijos impuros. Obligándoles a reconocer su triste estado les muestra el camino para salir de él, y la definición solemne de tal misterio, al completar el triunfo de la Virgen y la manifestación de sus privilegios, prepara el pleno triunfo de Jesucristo y la plena revelación de sus misericordias.

(De la obra "Les Espérances de l'Eglise").

Con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra propia, declaramos, pronunciamos y definimos que:



La doctrina de que la Bienaventurada Virgen María en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, y en previsión de los méritos del Salvador del género humano, Jesucristo, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original, ha sido revelada por Dios, y, por lo tanto, debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

Bula «Ineffabilis Deus» de Pío IX (8 Dic. 1854)

A NUESTRA SEÑORA, APLICANDO ALGUNOS ATRIBUTOS A LA LIMPIEZA DE SU CONCEPCIÓN

Por JUAN JAUREGUI (1583-1641)

Sois palma excelsa, ¡oh Virgen! triunfadora
Del árbol del error. Sois verde oliva
Que en lo supremo de las aguas mora,
Verde a pesar de su diluvio y viva;
Sois vid, que el golpe de la hoz ignora,
Ciprés que, exento de la muerte esquiva,
Anuncia muerte con funesta guerra
Al que esperaba derribarle en tierra.

Sois lirio asido a la pungente y dura
Rama de espinas, y jamás violado;
Rosa, cuya beldad intacta y pura
No marchitó la noche y viento helado.
¡Oh, sin igual, purísima criatura
Que, preservada del común pecado,
Sois, en desprecio suyo, victoriosa
Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosa!

Sois plátano de ramas tan copioso
Al fértil riego de perpetua fuente,
Que nunca el hielo su verdor frondoso
Ha penetrado, ni el agosto ardiente;
Mirra escogida, bálsamo oloroso,
Cuya interna virtud perpetuamente
Os reservó incorrupta y sin ofensa
contra el contagio de la culpa inmensa.

Sois el cinamo de fragante y fina
Especie, oculto en aspereza tanta,
Que ni guadaña al tronco se avecina,
Ni falta un ramo de la fértil planta.
¡Oh en los humanos excepción divina,
Y del Criador imagen sacrosanta!
Por mil blasones dignamente os llamo,
Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.

Sois torre ebúrnea, altísima y fundada
Para asilo feliz del bando amigo,
Que su notoria inmunidad sagrada
Fué siempre incontrastable al enemigo;
Ciudad, en cuya cerca levantada
No abrió el contrario entrada ni postigo;
Escala del Olimpo, inaccesible
Al pie atrevido de la bestia horrible.

Puerta, que aun antes que su Autor la abriera
Ya estaba al adversario defendida;
Fuente, que el áspid y culebra fiera
Dios negó de sus ondas la bebida.
¡Oh en soberanas honras la primera,
Sin sombra de pecado concebida!
Bien sois con semejanza preeminente
Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.

Sois encendido sol, y tan fogoso,
Que no permite congelar nublado,
Ni el factor de las sombras espantoso
Ha visto el globo de su luz turbado;
Sois lucero del alba luminoso,
Que en los solares rayos inflamado
Huye el eclipse lóbrego, funesto,
Cercano siempre al Sol y nunca opuesto.

Norte, que de las ondas se retira
Sin ver jamás en ellas triste ocaso;
Luna, que al Sol supremo siempre mira,
Ni el mundo estorba de su vista el paso.
¡Oh singularidad que el cielo admira!
Rindo a tan pura luz mi genio escaso,
Pues no se incluye en alabanza alguna
Vuestro sol y lucero, norte y luna.



Las tentaciones del Desierto

Por GIOVANNI PAPINI

...Pero al cabo de cuarenta días, agachado e invisible, aquel momento. Si la Materia quiere Materia, le quedaba una esperanza. Y el Adversario habla:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. La respuesta está pronta: No sólo de pan vive el hombre. Sino de toda palabra de Dios.

Satanás no se da por vencido, y desde la cima de un monte le muestra los Reinos de la tierra: Yo te daré todo este poder y la gloria de aquellos; porque a mi me han sido dados y los doy a quien quiero. Si te inclinas ante mi, todo será tuyo. Y Jesús responde: Atrás, Satanás, que está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás.

Entonces Satanás le lleva a Jerusalén y le sube al pináculo del templo:

—Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pero Jesús al punto: Se ha dicho: no tentarás al Señor tu Dios.

“Acabadas así las tentaciones, sigue Lucas, el diablo se alejó de él durante algún tiempo.”

No es maravilla que Satanás haya acudido con la absurda esperanza de hacer caer a Jesús. Tampoco es maravilla que Jesús sea sometido en cuanto hombre a la tentación. Satanás no tienta más que a los grandes y a los puros. A los demás no tiene necesidad siquiera de susurrarles una palabra de invitación.

Pues si muchos no se dan cuenta de él y se rien como de un espectro inventado en la Iglesia para las necesidades de la penitencia, es porque se ensaña más precisamente contra los que le conocen y no le siguen.

Engaña la inocencia de los dos primeros seres creados; seduce a David el Fuerte; corrompe a Salomón el Sabio; acusa ante el trono de Dios a Job el Justo. Todos los Santos que se esconden en el desierto, todos los amantes de Dios serán tentados por Satanás. Cuanto más nos alejamos de él, más se nos acerca. Cuanto más en lo alto estamos, más se empeña en arrastrarnos a lo hondo. No puede ensuciar más que al limpio; no se preocupa por la porquería que fermenta por sí sola en el mal, bajo el aliento cálido de la voluptuosidad. Ser tentados por Satanás es indicio de pureza, signo de grandeza, prueba de la ascensión. Quien ha conocido a Satanás y le ha visto la cara puede confiar más en sí mismo. Jesús merecía más que nadie esa consagración. Satanás le propone dos desafíos y una oferta. Le pide que transforme la materia muerta en la materia que da vida y que se arroje de lo alto para que Dios, con salvarlo, lo reconozca por Hijo verdadero. Le ofrece la posesión y la gloria de los reinos terrenos con tal que Jesús, en vez de servir a Dios, prometa servir al Demonio. Le pide el pan material y el milagro material y le promete el poder material. Jesús no acepta los desafíos y rehusa la oferta.

Él no es el Mesías carnal y temporal esperado por la plebe judía, el Mesías de la Materia, como imagina, en su bajeza, el Tentador. No ha venido a traer alimento al cuerpo, sino alimento el alma; esa comida que es la verdad. Si trocase en pan las piedras del camino, todo el mundo le seguiría por el amor del propio cuerpo y fingiría creer todo lo que dice; incluso los perros acudirían a su banquete. Pero no quiere eso. Él que crea en Él ha de creer en su palabra a despecho del dolor, del hambre, de la miseria. Es más: quien quiera ser perfecto ha de dejar los campos que producen trigo y los dineros que se pueden gastar en pan. Ha de ir con Él sin alforja ni dinero, con una túnica sola, y vivir como los pájaros: del aire, desgranando espigas en los campos o pidiendo limosna a la puerta de las casas. Sin el pan terrestre se puede vivir; un higo olvidado entre las hojas, un pez pescado en el lago pueden sustituirlo. Pero del pan celestial nadie puede prescindir, a menos que no quiera morir para siempre, como los que nunca lo probaron. No sólo de pan vive el hombre, sino también de amor, de entusiasmo y de verdad. Jesús está dis-

puesto a transformar el Reino de la Tierra en Reino de los Cielos; la loca Bestialidad, en Santidad feliz; pero no se digna transformar las piedras en panes, la Materia en otra Materia.

Por razones de la misma naturaleza, Jesús rechaza el otro desafío. Los hombres aman lo maravilloso. Lo maravilloso exterior, el Prodigio, la imposibilidad física convertida en posible a sus ojos. Tienen hambre y sed de portentos. Están prontos a postrarse ante cualquier taumaturgo, aun diabólico y charlatán. A Jesús todos le pedirían un signo para ellos. Pero rehusará siempre. No quiere seducir con la maravilla. Curará a los enfermos — especialmente a los enfermos de espíritu y a los pecadores —, pero muchas veces esquivará la ocasión de estos milagros y rogará a los curados que callen el nombre del curador. Pero nunca usará de aquel poder para librarse a sí propio. También en Getsemaní le tentará Satanás para que no beba del cáliz de la muerte inminente, y cuando esté clavado en la Cruz, Satanás repetirá el desafío por boca de los judíos: “Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz y sálvate”. Pero en la noche de la víspera y en el mediodía de la muerte, Jesús resistirá a Satanás y no recurrirá a ningún milagro para librarse a sí mismo. Los hombres habrán de creer a despecho de todas las apariencias en contrario, en su grandeza, incluso en la hora más terrible de su humillación; habrán de creer en su divinidad aun ante su aparentemente vilipendiada humanidad. Arrojarle del templo abajo sin la absoluta necesidad de hacer una pena ajena, con el solo objeto de conquistar a los hombres por la fascinación del estupor y del terror; tentar a Dios; forzarle, casi, a hacer un milagro superfluo y temerario, únicamente para que Satanás no gane la infame apuesta fundada en el sarcasmo y la protervia, no es cosa de Jesús. Corazón, quiere hablar a los corazones; sublime, quiere sublimar; puro, quiere purificar; amor, quiere inflamar a los demás en amor; alma grande, quiere engrandecer a las pequeñas almas abandonadas... En vez de arrojarle como un mago vulgar al precipicio que hay al pie del Templo, del Templo ascenderá a la Montaña para contar desde lo alto las bienaventuranzas de su Reino.

La oferta de los Reinos de la tierra tiene que horrorizarle, y todavía más el precio que Satanás pide. Satanás podrá ofrecer lo que es suyo. Los reinos de la tierra están con frecuencia fundados en la fuerza y se mantienen con el engaño; allí está su campo. Satanás duerme todas las noches a la cabecera de los poderosos; ellos le adoran con sus hechos y le pagan tributo a diario de pensamiento y de obras. Pero si Jesús ofreciese a todos el pan sin trabajo, si Jesús, como un funámbulo prestigioso, abriese un teatro público de milagros populares, podría arrancar a los reyes de sus reinos sin doblar la rodilla ante el adversario. Si quisiera parecer el Mesías que los judíos sueñan en sus insomnios nostálgicos de esclavos, sabe el camino: podría corromperlos con la abundancia y la maravilla, hacer de toda la tierra un país de riqueza y de encantamiento, y al punto ocuparía todos los puestos de los procuradores de Satanás.

Pero Jesús no quiere ser conquistador de reinos terrenos. El reino que anuncia y prepara apenas si tiene algo de común con los reinos de la tierra. Su reino, el Reino de los Cielos, crece todos los días, con un alma que cambie, porque adquiere un ciudadano nuevo arrebatado a los reinos terrestres. Cuando todo el mundo sea bueno y justo; cuando cada cual ame a su hermano, como los padres aman a sus hijos; cuando se amen incluso los enemigos, si quedaren todavía enemigos; cuando nadie piense en amontonar tesoros, y en vez de quitar nada a los demás, cada cual dé pan a quien tenga hambre, y ropa a quien tenga frío, ¿dónde estarán aquel día los reinos de la tierra?

(De la obra “Historia de Cristo”).

Meditación de dos banderas:

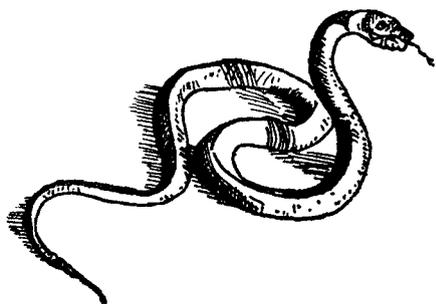
la una de Christo, sumo Capitán y Señor nuestro;
la otra, de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura.

La sólita oración preparatoria.

El primer preámbulo es la historia; será aquí como Christo llama y quiere a todos debaxo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debaxo de la suya.

El segundo, composición viendo el lugar; será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Hierusalena, adonde el sumo Capitán general de los buenos es Christo Nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

El tercero, demandar lo que quiero, y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán, y gracia para le imitar.



El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cáthedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa.

El segundo, considerar como haze llamamiento de innumerables demonios, y cómo los esparce a los unos tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estado ni personas algunas en particular.

El tercero, considerar el sermón que les haze, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y destes tres escalones induce a todos los otros vicios.

Así por el contrario, se ha de imaginar del sumo y verdadero Capitán, que es Christo Nuestro Señor.



[De los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, 5.ª Semana]

El "mal espíritu" en los Ejercicios de San Ignacio

Significaciones posibles.—Desde luego se echa de ver que San Ignacio en las Reglas de Discreción distingue dos espíritus: el bueno y el malo. ¿Cuál es el sentido preciso que atribuye a estos vocablos?

En unas normas de discernimiento estos vocablos pueden recibir dos significados: uno abstracto y meramente moral, y otro concreto y personal. En el primer sentido se dice de un cristiano o de un religioso que tiene buen espíritu o mal espíritu. En esta aceptación se toma la palabra cuando se habla de espíritu mundano, nacional, de clase. Si se analiza este sentido, se ve que en él se quiere dar a entender, por ejemplo, que la persona o corporación de la cual se afirma que tiene espíritu nacional, está imbuída, movida y regida por las ideas, sentimientos y tendencias propias de la nación, prescindiendo del origen que pueda tener esta manera de dominio que en la persona o corporación ejercen tales ideas, sentimientos y tendencias. Así un religioso, cuando de él se dice que tiene buen espíritu, es alabado, porque en su comportamiento manifiesta que está impregnado, regido e impulsado por los dictámenes prácticos, por los sentimientos, por los deberes propios de la religión a que pertenece.

La otra aceptación de la palabra espíritu es concreta y personal, y se contrapone a cosa corporal. Este es el sentido que se da a la palabra cuando se dice de Dios y de sus ángeles, que son los espíritus buenos; de Satanás y de los demonios, que son los espíritus malos.

La ligereza de pensamiento y la superficialidad naturalista de nuestros tiempos hace olvidar a no pocos cristianos en la práctica de la vida y en la manera de expresarse la acción providente e inmediata de Dios en los acontecimientos humanos. Pero aun está menos de moda hablar de ángeles y de demonios, como si su actuación en la vida hubiera cesado en nuestros tiempos o como si hubiera sido muy coartada su influencia. No parece sino que los descubrimientos, más o menos reales, más o menos pretendidos y pretenciosos, de la psicología de la subconsciencia han anulado la verdad indudable, la revelación in-

discutible de la intervención e influencia de ángeles y demonios en la vida social e individual del hombre sobre la tierra.

Si es lamentable esta presuntuosa aberración más nos lo parece el abuso de aplicar palabras de sentido genuinamente cristiano y sobrenatural a concepciones puramente naturales. Hemos leído libro, por lo demás no falto de pensamientos profundos y de ideas verdaderas, en que se tergiversa el nombre execrando de Satanás y se usa de él como si en la revelación cristiana no fuera éste el nombre propio de un ser personal, sino la personificación simbólica de las fuerzas e influencias subversivas que trastornan y amenazan destruir la sociedad.

Por lo que toca a San Ignacio, el sentido del vocablo espíritu en las Reglas de Discreción es, sin rebozo ni tergiversación posible, el personal y concreto: Dios y sus ángeles, Satanás y los demonios. Con ello reafirma el Santo la creencia tradicional y cierta, como fundada que está en la Sagrada Escritura y en la tradición cristiana, de la intervención frecuente de ángeles y demonios en la vida humana, y más aún, en la vida sobrenatural. Todo conato de modernizar, de minimizar o de paliar el pensamiento genuino de San Ignacio no podrá tener sino un valor pseudocientífico y está, desde luego, condenada al fracaso.

Al decir todo esto crea el lector que estamos muy lejos de desdeñar los avances legítimos y seguros de la ciencia experimental; más éstos, no lo dudemos, no modifican ni modificarán una tilde de la doctrina y de los procedimientos de San Ignacio; a lo sumo, en cuanto se vaya comprobando que del fondo de la naturaleza pueden brotar estados de espíritu que un ojo míope o inexperto haya fácilmente de confundir con los estados de espíritu causado por las mociones de Dios, de los ángeles o de los demonios, se tendrá nuevo motivo que haga más necesario el Primer Discernimiento.

(De la revista "Manresa", por el P. Ramón Orlandis, S. J., Enero 1940, pág. 12).

Apariciones de Satanás

Puesto que en este número se habla del Reino de Satanás nos parece oportuno transcribir algunas relaciones en las que se refiere la aparición de Satanás en forma corpórea que tuvieron lugar en el transcurso del siglo pasado.

Están tomadas de la obra *La Franc-Masonnerie, Sinagogue de Satán*, por Mons. Leon Meurin, Arzobispo-Obispo de Port-Louis. Es ésta una obra seria en la que se estudia a fondo la dogmática y la organización masónica.

Queremos, no obstante, hacer constar que, aunque creemos firmemente en la posibilidad de tales apariciones y no dudamos que se hayan producido, no respondemos de ninguna manera de la autenticidad de las que reproducimos. Nuestro objeto es dar una muestra patente de lo que pensaban y creían personas muy autorizadas de hace setenta y cinco años.

I

La siguiente aparición tuvo lugar en Francia. El reverendísimo Padre Alejandro Vicente Jandel, Superior General de los Padres Predicadores, antes de su nombramiento por Pío IX para este alto cargo, predicando en Lyon, fué un día impulsado por un movimiento interior a enseñar a los fieles la virtud del signo de la Cruz; no resistió a esta inspiración y predicó. Al salir de la Catedral un hombre salió a su encuentro y le dijo: Señor, creéis lo que acabais de predicar?—Si yo no lo creyera, no lo enseñaría, respondió, la virtud del signo de la Cruz es reconocida por la Iglesia y yo la tengo por cierta.—Verdaderamente, repuso su interlocutor sorprendido... creéis?... Pues bien! yo soy masón y no creo; pero, puesto que estoy profundamente sorprendido de lo que nos habeis enseñado, vengo a proponeros poner a prueba el signo de la Cruz... Todas las tardes nos reunimos en tal calle tal número; el mismo demonio viene a presidir la sesión. Venid esta tarde conmigo, estaremos en la puerta de la sala; hareis el signo de la Cruz sobre la reunión, y yo veré si lo que habeis dicho es cierto.—Tengo fe en la virtud de la señal de la Cruz, añadió el Padre Jandel, pero no puedo, sin madura reflexión, aceptar vuestra oferta. Dadme tres días para reflexionar.— Cuando querais estoy a vuestras órdenes, repuso el masón, y dió su dirección al dominico.

El Padre Jandel se presentó a Mons. de Bonald y le preguntó si debía aceptar el desafío, en nombre de la Cruz. El Arzobispo reunió algunos teólogos y discutió con ellos el pro y el contra de esta diligencia. Por fin todos opinaron que el Padre Jandel debía aceptar: “Id, hijo mío, le dijo entonces Mons. de Bonald, bendiciéndole, y que Dios sea con vos!”

Restaban cuarenta y ocho horas al Padre Jandel; las pasó rogando, mortificándose, encomendándose a las oraciones de sus amigos; y por la tarde del día señalado fué a llamar a la puerta del masón. Éste le esperaba. Nada podía descubrir al religioso; iba vestido con un traje se-

glar; tan solo, había ocultado bajo este traje una gran cruz. Parten y llegan pronto a una sala grande, amueblada con mucho lujo, y se detienen en la puerta... Poco a poco la sala se llenó; casi todos los asientos estaban ocupados cuando el demonio apareció en forma humana. Inmediatamente sacando de su pecho el crucifijo que llevaba oculto, el Padre Jandel lo levantó con las dos manos haciendo sobre la reunión la señal de la Cruz.

Un rayo no habría tenido un resultado más inesperado, más repentino, más patente!... Las bujías se apagaron, las sillas cayeron unas sobre otras, todos los asistentes huyeron... El masón arrastra al Padre Jandel y cuando estuvieron lejos, sin poder darse cuenta de la manera como habían escapado de las tinieblas y de la confusión, el adepto de Satanás se lanzó a los pies del sacerdote: “Creo, le dijo, creo! rogad por mí!... convertidme!... confesadme!...”

II

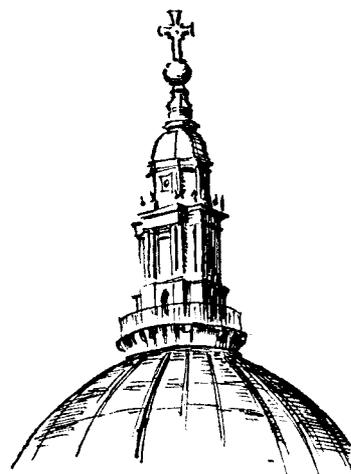
Un oficial francés, joven aun, afiliado a la masonería, iba a pronunciar sus últimos juramentos y a recibir la postrera iniciación en una logia. Los hermanos estaban reunidos para la lúgubre ceremonia, cuando de repente, bajo forma humana, apareció el demonio, estando cuidadosamente cerradas las puertas y las ventanas.

Al ver esto, el joven se trastornó y se dijo: “Puesto que existe el demonio, Dios debe existir también”. El pensamiento de la divina justicia se presentó al mismo tiempo a su espíritu aterrorizado y no se atrevió a ir más lejos: la misericordia infinita le esperaba en este momento y la gracia tocaba su corazón

Se convirtió, dejó el ejército, y entró en el noviciado de una Orden religiosa. Ordenado sacerdote consagró largos años a trabajar en una misión extranjera. Volvió a Francia donde ha sido superior de una comunidad durante algún tiempo. Vive aun y ha referido él mismo este hecho al Rdo. Padre Jourdan de la Passardiere, Superior de los Oratorios de San Felipe Neri.

LA ESFERA Y LA CRUZ

Por G. K. CHESTERTON



El monje empuñó el timón... para, enderezándolo vigorosamente hacia la izquierda, impedir que la nave voladora se estrellase en la catedral de San Pablo.

Una nube plana, negruzca, se extendía en torno del remate de la cúpula de la catedral, de suerte que la esfera y la cruz parecían una boya anclada en un mar de plomo.

A través de la atmósfera densa de Londres, pudieron ver, abajo, el brillo de las luces de Londres.

—La cruz está en lo alto de la esfera—dijo sencillamente el profesor Lucifer—. Es un error, sin duda alguna. La esfera debía estar en lo alto de la cruz. La cruz no es más que un sostén bárbaro; la esfera es la perfección. La cruz, todo lo más, es el árbol amargo de la historia del hombre; la esfera es el fruto final, pingüe y maduro. El fruto debería estar en lo alto del árbol, no al pie.

—¡Oh!—dijo el monje, marcándosele una arruga en la frente—. ¿De suerte, que según usted, en un esquema simbólico del racionalismo, la esfera estaría encima de la cruz?

—Eso resume por completo mi alegoría—dijo el profesor.

—Bien, todo eso es ciertamente muy interesante—continuó Miguel, muy despacio—porque a juicio mío, en caso tal, vería usted el efecto más singular, efecto a que generalmente han llegado todos los sistemas potentes y hábiles que el racionalismo, o la religión de la esfera, ha producido para guía o enseñanza de la Humanidad. Vería usted, creo yo, ocurrir una cosa que es siempre la última personificación y la salida lógica de ese sistema lógico.

—¿De qué estás hablando?—preguntó Lucifer—. ¿Qué sucedería?

—Quiero decir que la esfera se caería—dijo el monje, mirando con avidez al vacío.

Lucifer hizo un movimiento de cólera, y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiese articular palabra, Miguel, con la mayor resolución, prosiguió:

—Una vez conocí a un hombre como usted, Lucifer—dijo, articulando con lentitud y monotonía desesperantes—, opinaba también...

—No existe otro hombre como yo—gritó Lucifer con tal violencia que estremeció la nave.

—Como iba diciendo—continuó Miguel—, ese hombre opinaba también que el símbolo del cristianismo era un símbolo de barbarie y de sinrazón. Su historia es un tanto divertida. Viene a ser también una alegoría perfecta de lo que les ocurre a los racionalistas como usted. Comenzó, por supuesto, negándose a tolerar un crucifijo en su casa, ni siquiera pintado, ni pendiente del cuello de su mujer. Decía, igual que usted, que era una forma arbi-

traria y fantástica, una monstruosidad, amada por ser paradójica. Después fué haciéndose cada vez más violento y excéntrico; quería derribar las cruces de los caminos, porque vivía en un país católico romano. Finalmente, en un acceso de furor trepó al campanario de la iglesia parroquial y arrancó la cruz, blandiéndola en el aire, y profiriendo atroces soliloquios, allá en lo alto bajo las estrellas. Una tarde, todavía en verano, cuando se encaminaba a su casa por un caminito vallado, el demonio de su locura vino sobre él con violencia y demudación tan fuertes que trastuecan el mundo. Se había detenido un momento, fumando, delante de una empalizada interminable, cuando sus ojos se abrieron. Ninguna luz irradiaba, no se movía una hoja, pero él vió, cómo en una mutación súbita del contorno, que la empalizada era un ejército innumerable de cruces ligadas unas a otras, de la colina al valle. Enarboló el garrote y se fué sobre ellas, como sobre un ejército. Y milla tras milla, en todo el camino hasta su casa, fué rompiéndolas y derribándolas. Porque aborrecía la cruz y cada empalizada era una pared de cruces. Cuando llegó a su casa estaba completamente loco. Se dejó caer en una silla, y luego se alzó de ella, porque los travesaños del maderamen repetían la imagen insufrible. Se arrojó en una cama, lo que sirvió para recordarle que la cama igual que todas las cosas labradas por el hombre, correspondía con el diseño maldito. Rompió los muebles, porque estaban hechos de cruces. Pegó fuego a la casa, porque estaba hecha de cruces. En el río lo encontraron.

Lucifer le miraba mordiéndose un labio.

—¿Es verdad esa historia?—preguntó.

—¡Oh, no!—dijo Miguel, vivamente—. Es una parábola. Es la parábola de todos los racionalistas como usted. Empiezan ustedes rompiendo la cruz, y concluyen destrozando el mundo habitable. Les dejamos a ustedes diciendo que nadie debe ir a la iglesia contra su voluntad. Cuando los encontramos de nuevo, están diciendo que nadie tiene la menor voluntad de ir a ella. Les dejamos a ustedes diciendo que no existe el lugar llamado Edén. Les encontramos diciendo que no existe el lugar llamado Irlanda. Parten ustedes odiando lo irracional y llegan a odiarlo todo, porque todo es irracional, y...

Lucifer saltó sobre él con un grito de animal salvaje.

—¡Ah!—vociferó—. Cada loco con su tema. Tú tienes la locura de la cruz. ¡Pues ella te salve!

Y con fuerza hercúlea arrojó al monje, de espaldas, fuera de la nave sobre la parte más alta de la bola de piedra. Miguel, con no menos pronta agilidad, asió uno de los brazos de la cruz y se libró de la caída. En el mismo instante Lucifer bajó una palanca y la nave botó llevándose a él sólo.

¡Ja, ja!—aulló—. ¿Qué tal apoyo es ese, buen viejo?

—¡O que es como apoyo—replicó Miguel hoscamen-

te—, y valga lo que valga, es mucho más útil que la esfera.

La redacción del *El Ateísta* venía, desde algunos años atrás, perdiendo de su relevante interés como rasgo típico de Ludgate Hill.

Al hombrecillo que dirigía *El Ateísta*, escocés fogoso, menudo, el cabello y la barba de un rojo encendido, y que atendía por Turnbull, la decadencia de su importancia pública le parecía no tanto triste y hasta insensata, como simplemente desconcertante e inexplicable. Había dicho las cosas peores que podían decirse; y parecían aceptadas y olvidadas como los lugares comunes de los políticos. Sus blasfemias eran más imprudentes cada día, y también cada día el polvo se esperaba sobre ellas.

Fueron pasando años, y al cabo llegó un hombre que trató con verdadero respeto y seriedad la tienda secularista de Mr. Turnbull. Era un joven con abrigo gris, que le rompió la vidriera.

Montañés del clan de los Macdonalds por el nombre y la sangre, su familia tomó por apellido, como es frecuente en casos tales, el nombre de una rama secundaria, y para todos los designios que lo llevaban a Londres se llamó Maclan. Se había educado en cierta soledad y retiro, como fiel católico romano, dentro de la pequeña zona de católicos romanos enclavada en las montañas de la Escocia occidental. Y había llegado nada menos que hasta Fleet Street, en busca de un empleo casi prometido, sin haberse dado cuenta cabal de que hubiese en el mundo gente que no fuera católica romana.

Hora y media después, sus emociones lo dejaron, vacía la mente, en el mismo sitio; y en una manera de divagación perezosa, vino a encontrarse parado ante la redacción de *El Ateísta*.

Con el fino instinto periodístico peculiar de toda su escuela, el director de *El Ateísta* había puesto en el primer lugar del periódico y en lo más visible de la vidriera un artículo titulado "La mitología mesopotámica y su influencia en el folk-lore siriaco". Mr. Evan Maclan comenzó a leer muy distraídamente, como si leyese noticias y anuncios relativos a una joven desaparecida en Brighton o a un remedio para la bilis.

Leyó cómo en Mesopotamia había un dios llamado Sho (que a veces se pronunciaba Ji) descrito como un ser muy poderoso, semejanza notable con ciertas expresiones relativas a Jahveh, de quien también se dice que tenía poder.

Después seguía otro párrafo, pero Evan no lo entendió. Lo leyó otra vez, y otra. Entonces lo entendió. El cristal cayó hecho pedazos en el pavimento, y Evan se precipitó por la vidriera, blandiendo el bastón.

El juez, ante quien los llevaron para ser juzgados era un tal Cumberland Vane, hombre de mediana edad, jovial, honrosamente afamado por la levedad de sus sentencias y la agilidad de su conversación.

A menudo había juzgado delitos graves contra el orden o la propiedad con benigna locuacidad. Ahora, a propósito de la simple rotura de una vidriera, estuvo casi estrepitoso.

—Vamos a ver, Mr. Maclan— dijo arrellenándose en el sillón—, ¿entra usted siempre en casa de sus amigos metiéndose por un cristal? (Risas).

—No es amigo mío— dijo Evan, con la estolidez de un chico lerdo.

—¿No es su amigo?— dijo el juez chispeante. ¿Es su cuñado? (Risas estruendosas y prolongadas).

—Es mi enemigo— dijo sencillamente Evan—. Es enemigo de Dios.

Mr. Vane cambió vivamente de postura, dejando caer el monóculo, en un momento de visible desconcierto.

—No tiene usted por qué hablar de eso aquí— dijo ás-

peramente y con cierta precipitación—. Eso no nos concierne.

Evan abrió sus grandes ojos azules, y comenzó:

—Dios...

—Basta—dijo el juez colérico—. Es una impertinencia hablar de tales cosas... e... e... en público, ante un tribunal. La religión... e... e... es una cuestión demasiado personal para mencionarla en este sitio.

—¿De veras?— contestó el montañés—. Entonces, ¿por qué acaban de jurar los policías?

—No hay paridad— contestó Vane, que se irritaba—. Es claro, hay una forma de juramento..., que debe prestarse con reverencia... con reverencia, y se acabó. Pero hablar en público acerca de uno de los sentimientos más sagrados, más íntimos..., eso me parece de mal gusto. (Ligeros aplausos). Me parece irreverente. Me parece irreverente, por más que yo no sea precisamente un ortodoxo.

—Veo que no lo es usted— dijo Evan—. Pero yo lo soy.

—Nos apartamos de la cuestión— dijo el juez corrigiéndose—. ¿Puedo saber por qué ha roto usted la vidriera de este digno ciudadano?

Evan palideció un poco al recordarlo, pero respondió con la precisión fría e implacable que venía mostrando:

—Porque ha blasfemado de Nuestra Señora.

—Le digo a usted de una vez para siempre— gritó Mr. Cumberland Vane, golpeando colérico en la mesa con los nudillos—, le digo a usted de una vez para siempre, señor mío, que no le consiento a usted que ande a vueltas con la gazmoñería y la declamación religiosa. No se imagine usted que eso me impresiona. Los más religiosos no son los que hablan de religión. (Aplausos). Límitese usted a contestar a mis preguntas.

—A eso me he limitado— dijo Evan, con leve sonrisa.

—¿Eh?— exclamó Vane, relampagueante la mirada a través del lente.

—Usted me ha preguntado por qué he roto la vidriera— dijo Maclan, con cara dura—. He contestado: Porque ha blasfemado de Nuestra Señora. No tuve otra razón. Así, no tengo otra respuesta.

Vane continuaba mirándole con una dureza desusada.

—No ha tomado usted el mejor camino, señor— dijo con severidad—, no ha tomado usted el mejor camino para... para que el caso se mire con benevolencia. Si usted hubiese dicho sencillamente que le pesaba de lo que había hecho, yo me habría sentido muy inclinado a despa- char el asunto como un acceso de cólera. Ahora mismo, si dice usted que lo siente, haré...

—¿Pero si no lo siento nada!— dijo Evan—. Estoy muy contento.

—Verdaderamente, creo que está usted loco— dijo el juez, indignado, porque como hombre de buen natural, había hecho lo posible por componer el litigio—. ¿Cree usted tener algún derecho para romper las vidrieras del prójimo porque sus opiniones no son iguales a las de usted? Este hombre no hacía más que expresar su creencia sincera.

—También yo— dijo el montañés.

—¿Y quién es usted?— estalló Vane—. ¿Sus opiniones son necesariamente las mejores? ¿Está usted necesariamente en posesión de la verdad?

—Sí— dijo Maclan.

El juez soltó una risa despreciativa.

—Necesita usted una enfermera que le cuide— dijo—. Pagará usted diez libras.

Evan Maclan hundió las manos en sus descuidadas ropas grises y extrajo una bolsa de cuero, de extraña hechura. Contenía exactamente doce soberanos. Pagó diez, uno a uno, en silencio, e igualmente en silencio volvió los dos restantes al receptáculo. Entonces, dijo:

—¿Su señoría me permite decir una palabra?

Cumberland Vane parecía medio hipnotizado por el silencio y los movimientos automáticos del forastero; hizo un movimiento de cabeza que podía significar sí o no.

—Únicamente deseaba decir— prosiguió Maclan, guardándose la bolsa en el pantalón— que romper la vidriera ha sido, lo confieso, una cosa inútil y fuera de lo regular. Sin embargo, puede excusarse como simple preliminar de lo que vendrá más tarde, como una especie de prefacio. Dondequiera y cuandoquiera que encuentre a ese hombre— y apuntaba al director de *El Atalaya*—, sea al pasar esa puerta dentro de diez minutos, sea de aquí veinte años en algún país lejano, donde y cuando pueda encontrar a ese hombre, reñiré con él. No hay que asustarse. No voy a caer sobre él como un matón, ni a darle una paliza abusando de mi fuerza. Reñiré como un caballero; reñiré como reñían nuestros padres. El escogerá las condiciones, espada o pistola, a pie o a caballo. Pero si rehúsa, en todas las paredes del mundo escribiré que es un cobarde. Si hubiese dicho mi madre lo que ha dicho de la madre de Dios, no se encontrarían en Europa personas

de honor que negasen mi derecho a retarlo. Si lo hubiese dicho de mi mujer, vosotros, ingleses, me habríais perdonado que lo apalease como un perro en medio de la calle. Sepa su señoría que yo no tengo madre, ni mujer. Tengo únicamente lo que tiene el pobre como el rico; lo que tiene el hombre solo, igual que el de muchos amigos. Todo este mundo, extraño para mí, me acoge, porque en lo más íntimo de él hay un hogar; este mundo cruel, es benigno conmigo, porque más alto que los cielos hay algo más humano que la Humanidad. Si un hombre no riñe por esto, ¿por qué reñirá? Yo reñiría por mi amigo, pero si pierdo al amigo, yo permanezco. Yo reñiría por mi país, pero si pierdo a mi país, aún existiría yo. Pero si lo que este demonio sueña fuera verdad, yo no existiría..., reventaría como una burbuja, desaparecería. No podría vivir en un universo imbécil. ¿No he de reñir por mi propia existencia?

(Fragmentos de la obra "La Esfera y la Cruz").

El reino de Satanás en la "Humanum Genus" de León XIII

Es la autoridad de León XIII la que en su Encíclica *Humanum Genus* nos habla del reino de Satanás en la Tierra como opuesto y enemigo del reino de Dios. A este reino de Satanás en nuestros tiempos «le es guía y auxilio la sociedad que llaman de los Masones»

El humano linaje, después de haberse, por envidia del demonio, miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos de los cuales el uno combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres rehúsan obedecer la ley divina y eterna, y acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo. Agudamente conoció y describió Agustín estos dos reinos a modo de dos ciudades de contrarias leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra en estas palabras: "Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial. (De Civit. Dei, lib. XIV, c. 17). Durante toda la continuación de los siglos continúan entre sí con varias y múltiples armas y peleas, aun-

que no siempre con igual ímpetu y ardor. En nuestros días todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los *Masones*, extensamente dilatada y firmemente constituída. Sin disimular ya sus intentos, audacísimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruína de la santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo Nuestro Salvador. Llorando Nos estos males somos compelidos por urgente caridad a clamar repetidamente a Dios. "He aquí que tus enemigos vocearon y levantaron la cabeza los que te odian. Contra tu pueblo determinaron malos consejos, y discurrieron contra tus Santos. Venid, dijeron, y hagámoslos desaparecer de entre las gentes".

En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es Nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos sus malas artes y consejos para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación Nos está confiada, y no solo permanezca firme y entero el reino de Jesucristo que Nos hemos obligado a defender, sino que dilate con nuevos aumentos por todo el orbe.

El primer enemigo: Satanás

Por el Padre Enrique RAMIERE, S. J.

¿Puede tener enemigos el Corazón de Jesús? ¿Podría encontrarse en alguna parte un corazón de hombre capaz de odiar a este divino Corazón? Es éste un misterio de iniquidad, por desgracia demasiado real. Sí, en la tierra, entre esos hombres por quienes el Corazón de Jesús ora y se inmola sin cesar, ha encontrado siempre enemigos; y en nuestros días también los halla en gran número, y jamás, tal vez, estos enemigos pusieron en práctica táctica más hábil y más perseverantes esfuerzos.

Luego, puesto que todos somos llamados a concurrir al establecimiento del reinado del Corazón de Jesús en nosotros primeramente, y después en la sociedad, es muy importante conocer a fondo la táctica de estos enemigos y el medio que debemos emplear para vencerlos. No estará fuera de lugar entregarnos a este estudio, antes de entrar en el detalle de los deberes que debemos llenar para que reine enteramente en nosotros este Corazón divino.

* * *

El gran enemigo de Jesucristo es Lucifer. Vencido por vez primera en el cielo, después de que se negó a someterse al Hombre-Dios, que le había sido mostrado como Jefe un día de la Creación entera, este espíritu soberbio ha buscado desde entonces vengarse de su derrota, hurtando a su divino rival las adoraciones de los hombres. Para conseguirlo imita, cuanto puede, a Jesucristo y a su Iglesia. Estudiando las inclinaciones de cada hombre, de cada pueblo, de cada siglo, les ofrece la satisfacción aparente de estas inclinaciones, para desviarles así de buscar en el Corazón de Jesús el único alimento que realmente pueda satisfacerlos. En las tribus bárbaras y guerreras, no existen sino sanguinarias inspiraciones. Leed la historia de nuestros antepasados salvajes, escuchad historias de viajeros que han visitado las tribus nómadas de África y Oceanía y veréis hasta qué punto las divinidades infernales adoradas por esos pueblos se complacen en la sangre. La felicidad suprema que prometen a sus adoradores consiste en beber en el cráneo de sus enemigos, y alimentarse de sus palpitantes carnes.

Todo lo contrario sucede en las sociedades civilizadas, y, sobre todo, en una sociedad como la nuestra, en el seno de la cual el Evangelio, por una larga infiltración de veinte siglos, ha podido hacer penetrar sentimientos de humanidad y amor mutuo. ¿Qué táctica seguirá el enemigo de Dios y de los hombres, en el seno de semejante sociedad? ¿Renunciará a inocularnos su odio? Seguramente, no; pero se guardará bien de predicárnoslo demasiado abiertamente. El amor mutuo, la fraternidad, la abnegación son cosas demasiado amables, para que se pueda, con alguna probabilidad de éxito, llegar a hacerlas odiosas. Satanás va, al contrario, a hacerse predicador de la fraternidad y abnegación; pero esta abnegación y fraternidad, las entenderá a su manera; y, como esta manera es completamente opuesta a la que Jesucristo nos ha inculcado en sus lecciones y ejemplos, los discípulos de Satanás encontrarán en su abnegación hasta un motivo de odiar a los discípulos de Jesucristo. Les proibirán, en nombre de la tolerancia; les encadenarán, en nombre de la libertad; les condenarán a muerte, en cuanto puedan, en nombre de la fraternidad.

Tal es hoy en día la respectiva posición de los dos ejércitos, a los que desde setenta siglos la tierra sirve de campo de batalla. Es, hoy en día, sobre el terreno de la fraternidad donde se dan los combates más encarnizados; de ambos lados se despliega la misma bandera y se lanzan los mismos gritos de combate: amor mutuo, abnegación, progreso. Satanás, el cruel Satanás, ha tomado costumbres más suaves. La antigua serpiente se ha transformado, escondiendo con cuidado sus sangrientos ojos y tortuosa cola. Da a su veneno la dulzura de la miel. El padre del odio se muestra lleno de corazón, inspirando a sus más fieles apóstoles himnos llenos de unción, en honor de la redención universal.

¿Cuán nobles corazones se dejan prender en estas hipócritas declamaciones! ¿Cuántas almas, sinceramente deseosas de trabajar en la felicidad de sus semejantes, son detenidas por sus mentiras lejos de Aquél, el único que puede hacer a los hombres verdaderamente dichosos! ¿Cuántos cristianos débiles e ignorantes se dejan conmover por las especiosas apariencias de las que saben se rodean los enemigos de Jesucristo!

¿En qué se diferencian, pues, estas apariencias de la realidad? ¿En qué se distingue la fraternidad según el Corazón de Jesús, de la fraternidad según el corazón de Satanás?

Se diferencian en todos sus puntos; y no son menos opuestas una de otra por el fin al que tienden, como por los medios de los que se sirven para alcanzar ese fin.

La caridad del Corazón de Jesús tiene por fin hacer mejores a los hombres, haciéndoles más semejantes a Dios. ¿No es cierto que a este fin debe tender todo amor verdadero? ¿Qué es amar, sino desear el bien? ¿Y cómo se puede desear el bien de los hombres, si no es acercándoles al Bien Soberano y asegurándoles su posesión? No hay, pues, otro verdadero amor a los hombres, filantropía bien entendida, que el que tiene a Dios por objeto y por principio. Por eso San Pablo no teme decir que la filantropía ha aparecido a los hombres en Jesucristo.

Vedla esta filantropía divina del Corazón de Jesús. Ved cómo es generosa; ningún sacrificio la detiene; los tormentos de la muerte no hacen sino atizar sus llamas. Inmensa como el mismo Dios, abraza, en un sólo vínculo, a pecadores y justos, gentiles y judíos, impuros samaritanos y publicanos despreciados. Más tierna que el amor de una madre, se apiada de todos los sufrimientos y vuela al socorro de todas las enfermedades. Pero siempre tiene en cuenta el fin divino al que tiende, y al que se esfuerza en conducir a todos los hombres: la gloria de Dios, la posesión de Dios. ¡Ama a los pecadores para hacerlos justos y a los justos para hacerlos más justos aún! Aliviando los males corporales, se esfuerza en curar las enfermedades de las almas, cien veces más peligrosas; eleva cuanto toca. Tal ha sido la filantropía de todos los santos; tal es aún la caridad de todos los cristianos verdaderamente dignos de este nombre.

Bien distinta es la filantropía según el corazón de Satanás. Quiere trabajar en el alivio de los desgraciados, pero es a condición de no disminuir la suma de placeres.

El espíritu de sacrificio le es desconocido; sus mismas larguezas son efecto de un cálculo: da una parte de lo que posee con el fin de salvaguardar mejor el resto. Incapaz de practicar el renunciamento, es igualmente incapaz de persuadir de él a los infortunados que reclaman su socorro. Todo cuanto puede hacer para consolarles de la insuficiencia de sus larguezas, es prometerles para el porvenir un estado de cosas más favorable, en espera del cual continúa gozando de su abundancia, y confía a mercenarios el cuidado de distribuir sus limosnas.

Por lo demás no deja de apiadarse, en sus libros, de las miserias de la humanidad produciendo cada día nuevos planes de regeneración social. No hay sino un plan que rechaza obstinadamente: es aquél que la Iglesia pone por obra desde hace diez y ocho siglos; es la caridad que se apoya en la abnegación; es sobre todo la beneficencia que tiene por garantía los tres votos religiosos. A sus ojos, es un crimen hacer voto de pobreza para aliviar mejor a los pobres, hacer voto de castidad para consagrarse más libremente al socorro de todas las miserias, hacer voto de obediencia para luchar con mayor armonía y eficacia contra todos los dolores que asaltan a la humanidad. Los que se hacen culpables de este triple crimen, deben ser vigilados, importunados, abatidos, con toda clase de trabas. Es hacer una buena obra calumniarlos, suponerles las más viles intenciones, y hacerles responsables de las faltas de un pequeño número de ellos.

Que hayan, por otra parte, civilizado a Europa; que hayan cubierto la tierra de pruebas de abnegación; que en todas las epidemias, sean los primeros en despreciar una muerte cierta, para volar al socorro de sus semejantes; que se les encuentre en todas partes donde hay un peligro a correr y una miseria a aliviar, en las cárceles, presidios, ambulancias, colonias penitenciarias y pestilentes de la Guayana, poco importa. Se cerrarán los ojos a todos esos hechos reclamando a grandes voces, en nombre de la filantropía, la abolición de las órdenes religiosas. Se escribirán historias donde los hechos, odiosamente disfrazados, vendrán a dar testimonio contra la verdad; y, lo que es aún más fácil y poco menos eficaz, se escribirán novelas cuyas peripecias, artificiosamente combinadas, probarán con toda evidencia a cuantos sirven de la imaginación como de inteligencia, que en los religiosos y cristianos no hay sino egoísmo e hipocresía, y que la generosidad es patrimonio exclusivo de los incrédulos.

He ahí como se apoyan, para combatir al cristianismo, en las nobles tendencias que sólo el cristianismo es capaz de satisfacer. He ahí el fantasma que, por todos lados y bajo todas formas, se presenta hoy en día a las almas generosas sobre las que el amor del Corazón de Jesús debería tener mayor influencia. Son éstas las almas que Satanás está celoso de alistar bajo su bandera; y también pone todos sus cuidados en engañarlas, empleando para corromperlas, sus mejores instrumentos.

* * *

¿Qué hacer para frustrar planes tan bien concertados? ¿Cómo podremos trabajar en establecer, a pesar de todos estos obstáculos, el reinado del Corazón de Jesús? ¿Cómo forzar a los hombres a reconocer la verdadera caridad y a distinguirla de su indigna falsificación?

Lo que desde luego debemos hacer es no proporcionar ningún agarradero a las acusaciones que nuestros enemigos están tan dispuestos a hacer pesar sobre nosotros. Si tan poco les cuesta inventar imaginarios crímenes, están aún mucho más contentos cuando pueden coger defectos reales, exagerarlos, y hacer responsable de ellos a la misma religión. Si no queremos, pues, comprometer gravemente los intereses de esta religión santa, debemos deshacernos de cuanto pudiera haber en nuestras miras y conducta de in-

teresado, egoísta y humano. Menos que nunca, es permitido a los servidores de Dios escuchar las inspiraciones del amor propio; ceder, aún en las cosas de menor importancia, a las sugerencias de la avaricia, sensualidad, envidia. Si no queremos traicionar los intereses del Corazón de Jesús, es preciso sacrificarle nuestros propios intereses; si no queremos hacernos sospechosos de hipocresía, es preciso abstenernos de las menores debilidades. Cuanto más esfuerzos se hagan por oscurecer el esplendor de la verdadera caridad, más esfuerzos es preciso hacer por nuestra parte, para mostrar en toda nuestra conducta, su sincera imagen. Cuanto más se interesen nuestros enemigos en hacernos pasar por egoístas, tanto más han de probar nuestras obras, la abnegación. Cuanto más deseos se muestren por desunirnos, más debemos estrechar los lazos que nos unen.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, si sabemos comprenderla bien, producirá en nosotros este efecto feliz; nos hará fácil el renunciamento, y enseñándonos a renunciar a nosotros mismos, estrechará nuestra mutua unión. Así desmentiremos, con el más irrecusable testimonio, las calumnias que se complacen en derramar sobre nosotros; y en tanto que la falsa filantropía, hija del orgullo, producirá las divisiones y rencores de los que el orgullo es principio necesario, la caridad, uniendo a sus defensores, les dará fuerza de conquistar el mundo.

Esta fuerza será tanto más irresistible, cuanto más ardiente y abnegada sea nuestra caridad. Pues el corazón humano no puede resistir mucho tiempo a la presión del amor. Puede equivocarse sobre el amor verdadero; pueden sus malas inclinaciones llevarle a dar preferencia a la falsa filantropía, que halaga sus inclinaciones, sobre la caridad sincera que las combate. Pero es raro que llegue a un grado de malicia tal, que resista a sabiendas y deliberadamente a las sollicitaciones de un amor cuya sinceridad reconoce. Podemos pues, acariciar la esperanza de que el reinado del Corazón de Jesús se establecerá en la sociedad entera el día en que ésta se desengañe de las ilusiones de la falsa filantropía, y esté convencida de que este divino Corazón es la única fuente del verdadero amor. Pero ¿cómo llegaremos a hacer penetrar esta convicción en el espíritu de los hombres? ¿No hay para esto sino un medio! Es preciso penetrarnos, respecto a ella, de la caridad del Corazón de Jesús, y manifestarla de todos los modos posibles. Amando se prueba el amor, como ardiendo nos manifiesta el fuego su presencia.

Ya lo hemos demostrado: en el terreno de la fraternidad y mutuo amor se da en este momento el gran combate. Ciertamente no debemos quejarnos, nosotros discípulos de la religión del amor, servidores del Corazón de Jesús, de que este terreno nos sea desfavorable. ¿Y sobre qué terreno podríamos luchar con mayor ventaja? ¿Cuál es el poder en el mundo capaz de vencer al Corazón de Jesús en el terreno del amor? ¿Por más habilidad que desplieguen Satanás y sus secuaces para imitar la verdadera abnegación, su falsificación podrá igualar jamás a la realidad? ¿El corazón de Satanás podrá jamás contener otra cosa que un océano de odio, y las apariencias de que podrá cubrirse serán jamás capaces de impedir que este fondo aparezca? No, no, en este terreno la victoria no podría ser dudosa, y no puede aplazarse sino por falta de confianza y celo de los servidores del Corazón de Jesús. Que se revistan de la caridad de este divino Corazón, como de armadura invencible, y que marchen valientemente al combate. Vencerán todas las resistencias. Las pruebas de su abnegación, semejantes a *aguñadas flechas, irán a tras-pasar el corazón de los enemigos de Jesucristo, y los pueblos caerán a sus pies.* (Ps. XLIV, 6).

(De la obra "El reinado social del Corazón de Jesús" 2.^a Parte, Cap. I).

LIBERTAD Y LIBERTAD

Nuestro estimado colega ECCLESIA, órgano oficial de la A. C. E. publica en su número del 28 de Octubre, un artículo editorial bajo el título "LIBERTAD Y LIBERTAD".

Juzgamos que las ideas del mencionado artículo merecen ser reproducidas por la autoridad del organismo de donde emanan, y por considerar que son orientación precisa en el momento actual.

CRISTIANDAD hace suyas estas ideas, que vienen a reforzar su propósito, expuesto ya desde el primer número, de combatir especialmente al liberalismo doctrinario y al naturalismo.

Nos extrañarían ciertos juicios sobre el porvenir del mundo si no estuviéramos firmemente persuadidos de que precisión, rigor y claros distinguos son cosas delicadas que no se encuentran con la frecuencia necesaria para desterrar confusiones y entenderse bien.

Prueba de ello es que la afirmación, hoy repetida a menudo, de que el liberalismo es la doctrina del mañana, la norma de los pueblos y de los individuos, estaba formulada, entre otros lugares, en un libro publicado hace lustros en Madrid y traducido a varios idiomas europeos.

La caída de algunos regímenes totalitarios hace ahora suponer que el liberalismo triunfará de nuevo y por manera definitiva, constituyendo una fórmula irrevocable y eternamente válida de convivencia. Esta idea se vulgariza últimamente a favor de las circunstancias históricas; pero su data ya no es reciente, porque nació cuando empezó a creerse que los principios de la Reforma y de la Revolución, esto es, lo que León XIII llamó el Derecho Nuevo, habían incorporado soluciones permanentes a los problemas de las sociedades políticas y de la vida civilizada.

Sucede que la Iglesia conjuga la libertad y la autoridad sobre bases y en dosis que no son liberales ni totalitarias, sino simplemente cristianas. Tal vez por eso, cuando reina la agitación liberal, la Iglesia parece en exceso autoritaria a los espíritus superficiales, ya que defiende enérgicamente la autoridad, y en cambio en el totalitarismo se les antoja liberal, porque pelea sin desmayo por la libertad. Pero lo que ocurre es sencillamente que, lo mismo en uno que en otro caso, la Iglesia arguye con sus principios inmóviles a través de todas las contingencias y vicisitudes políticas, y los hombres, incluso muchos fieles, quisieran que cargara las palabras de la significación que ellos le dan.

Ahora se dice, por ejemplo, que la libertad será la sustancia del mundo que va a nacer de la guerra. No sabemos si este vaticinio llegará a realizarse. Sabemos, en cambio, con certeza, que si se alude a la libertad que postula el liberalismo, el contenido del vocablo y las consecuencias de su práctica serán diferentes al contenido y las consecuencias de la libertad, tal como la entiende la Iglesia Católica. La Iglesia estará con la libertad, como estuvo en el siglo II, en el XIII o en el XVIII; pero no estará con el liberalismo, porque su doctrina católica se opone y se opondrá siempre a la doctrina liberal.

La razón es obvia: el liberalismo tiene su raíz en un error religioso que consiste en negar, más o menos acentualmente, la dependencia en que se halla el hombre con

respecto a Dios y con respecto a los que participan de su autoridad soberana. El liberalismo rompe, pues, de modo más o menos radical, con el orden querido y establecido por Dios. Es la aplicación al orden moral y político de los principios filosóficos del naturalismo. Contradice, por tanto, esencialmente a la doctrina sobrenatural de la Iglesia, a su firme seguridad de que en ella está únicamente la verdad.

Claro que la Iglesia defiende ciertas libertades y el liberalismo también; pero, como dice León XIII, la Iglesia lo hace "separando lo que en ellas hay de honesto de lo que no lo es y demostrando al mismo tiempo que cuanto hay de bueno en estas libertades es tan antiguo como la verdad misma y siempre lo aprobó la Iglesia muy de buen grado, y lo tiene y hace uso de ello; mas, a decir verdad, lo que se ha añadido de nuevo es cierta parte corrompida que han engendrado las turbulencias de los tiempos y el prurito excesivo de cosas nuevas".

La Iglesia entiende y practica la tolerancia. Pero hay una diferencia esencial entre cómo la concibe ella y cómo la concibe el liberalismo. Porque el liberalismo — al menos especulativamente — concede libertad a todos para todo, mientras que la Iglesia sostiene que la libertad otorgada indiferentemente a todos y para todo no es deseable en sí misma, pues repugna a la razón que lo falso y lo verdadero tengan los mismos derechos. La Iglesia, pues, en tesis no concede libertad sino a la verdad y al bien; cuando tolera el mal y el error es porque se coloca en el terreno de la hipótesis en el cual comprueba que existen realidades que hacen no aplicable por modo completo la tesis.

A diferencia del liberalismo, la Iglesia parte de que hay mal y bien, verdad y error; no puede, por este hecho mismo, querer lo malo y lo falso, ni aprobarlo; lo que hace en ocasiones es tolerarlo, soportarlo; pero "sin conceder el menor derecho sino sólo a lo verdadero y honesto".

Es preciso que los católicos sepamos cuál es el pensamiento de la Iglesia en puntos tan importantes y, por otro lado, tan claros como estos a que hoy nos hemos referido. Si se habla de la autoridad, como si se habla de la libertad, debemos saber que hay un concepto preciso y definido de estos dos bienes: el concepto cristiano, que la Iglesia saca incólume de todas las catástrofes, como si se complaciera en la tarea gloriosa de devolverle el brillo y la belleza que los falsos profetas pretenden arrebatarle.

(De *Ecclesia*).

NOTAS Y COMENTARIOS

I Centenario del Apostolado de la Oración.- Conclusiones aprobadas en la Asamblea de Directores.

El día 3 de diciembre de 1884 se celebraba en el Colegio Eclesiástico del pueblo de Vals (Francia), la fiesta de San Francisco Javier. En dicho colegio cursaban estudios de Filosofía, jóvenes religiosos de la Compañía de Jesús, los cuales, movidos por la lectura de varios libros y relaciones de misioneros, sentían arder en sus pechos la llama viva del apostolado entre los infieles; entre aquellos jóvenes se encontraba el, entonces, Hermano Enrique Ramière.

El P. Gautrelet, director del colegio, aprovechó la festividad para dirigirles unas palabras sobre el reino de Dios, el poder de la oración y el sentido de la verdadera imitación de Jesucristo, que consiste en unirnos con él por medio de la abnegación y reparación. Esta plática fué el fundamento del "Apostolado de la Oración". Es por ello que el próximo día tres se conmemora el I Centenario de su fundación.

* * *

En preparación de los actos que se celebrarán con motivo de este Centenario, tuvo lugar en el Seminario Conciliar de nuestra ciudad, según anunciamos en el pasado número, una Asamblea de directores del Apostolado de la Oración de toda España, presidida por el Excmo. y Rdmno. Sr. Obispo de Barcelona, en el transcurso de la cual se dieron interesantes lecciones de conformidad con el programa ya publicado. En el último día de la Asamblea fueron aprobadas las siguientes conclusiones:

"Primera. Fomentar el conocimiento y el genuino espíritu del Apostolado de la Oración, tal como está expuesto en la obra fundamental del P. Ramière y en la carta radiada de Su Santidad al director general del Apostolado de la Oración.

Segunda. Para ello, organizar cursillos de celadores en los arciprestazgos, comarcas o grupos de pueblos o parroquias y fomentar los Ejercicios Espirituales de celadores.

Tercera. Separar, en cuanto se pueda, el cultivo y formación de la sección de hombres, de la de mujeres.

Cuarta. Reavivar la organización del Apostolado por medio de la creación de promotores y secretariados diocesanos.

Quinta. Procurar que en los Seminarios se conozca y practique el Apostolado de la Oración; en especial, entre los seminaristas próximos al sacerdocio.

Sexta. Esforzarse este año centenario para lograr la más perfecta celebración del mismo, contribuyendo a la campaña nacional de consagraciones, que el Apostolado organiza, y procurando asambleas provinciales, regionales y de celadores, que culminen en la reunión de Madrid, que se celebrará del 23 al 31 de mayo.

Séptima. Fomentar en los centros, colegios y escuelas y catequesis parroquiales, la Cruzada Eucarística.

Octava. Intensificar la devoción al Papa y a la Iglesia y el conocimiento de su doctrina. En cuanto se refiere al Apostolado, conocer perfectamente las grandes encíclicas *Annum Sacrum*, *Ubi Arcanum*, *Quas Primas*, *Miserentissimus Redemptor*, *Caritate Christi Compulsi*, *Summi Pontificatus* y *Mystici Corporis*; además, la carta radiada al director nacional.

Novena. Facilitar el conocimiento del Apostolado en las organizaciones ya existentes por medio de conferencias y círculos de estudio.

Décima. Darse de lleno y fomentar la devoción al Sagrado Corazón por medio del Corazón Inmaculado de María."

El Excmo. y Rvdmo. Dr. Manuel Arce Ochotorena, nuevo Arzobispo de Tarragona

El día 12 del pasado mes ocupó su nueva Sede, el Arzobispo de Tarragona, Excmo. y Rvdmo. doctor don Manuel Arce Ochotorena. El Prelado fué recibido con fervoroso entusiasmo por toda la ciudad, que vistió sus mejores galas para tributar al nuevo Pastor el cálido homenaje de su filial adhesión.

Las autoridades se reunieron en la Rambla para saludar a S. E. Rdma., el cual hizo su entrada en la población a las cuatro de la tarde entre las ovaciones incesantes de la multitud y el alegre repicar de campanas de las iglesias. En la Catedral se cantó un solemne "Te Deum", terminado el cual, y después del besamanos del Cabildo y clero, el Prelado entonó la oración de Santa Tecla, titular de la Sede. A continuación, el canónigo doctor Vallés, pronunció la oración gratularia saludando al nuevo Arzobispo. Este dirigió después su palabra a los fieles, agradeciendo el recibimiento que se le había tributado y pidiendo a Dios Nuestro Señor que les diese a todos, su gracia y su paz.

El doctor Arce nació en San Julián de Ororbia (Navarra) el día 18 de agosto de 1879. Inició los estudios eclesiásticos en el Seminario de Pamplona y los terminó en la Universidad Gregoriana de Roma. Es doctor en Sagrada Teología, Filosofía y Derecho Canónico. En la diócesis de Pamplona desempeñó varios cargos, entre ellos los de Vicario Capitular, Vicario General y Previsor. En 1929 fué preconizado Obispo de Zamora, y en 1938 Obispo de Oviedo, cuya Sede ocupaba al ser nombrado Arzobispo de Tarragona. En todos los cargos que ocupó, dió muestras de su celo extraordinario para la salvación de las almas; en estos últimos años dedicó gran actividad en la reconstrucción de los templos y en la organización de Misiones espirituales.

Ostenta la Gran Cruz de Isabel la Católica, que recientemente le ha sido conferida.

CRISTIANDAD besa filialmente el anillo pastoral del nuevo Prelado, rogando a Dios Nuestro Señor le colme de gracias para el mayor fruto de sus nuevas tareas al frente de la archidiócesis tarraconense. *Ad multos annos.*

Consagración del nuevo Obispo de Segorbe

En la Iglesia Arciprestal del Santo Espíritu de Tarrasa celebróse el pasado día 19, la solemne consagración episcopal del Excmo. y Rdmno. señor doctor don Ramón Sanahuja Marcé, Obispo de Segorbe. El acto que revisió especialísimo esplendor y al cual se asoció la ciudad toda, será debidamente glosado Dios mediante por CRISTIANDAD en uno de los próximos números.

La propaganda protestante en América

Al socaire de las actuales circunstancias, las sectas protestantes han emprendido una intensa campaña de propaganda en la América Central y en la del Sur. Elementos procedentes, principalmente, de Norteamérica, provistos de fondos abundantes, y aprovechando una protección oficiosa que se apoya en una pretendida solidaridad de orden político, tratan de descristianizar a aquellos pueblos, evangelizados y convertidos a la Religión verdadera, casi desde los umbrales de su colonización.

La señal de alarma ha sido dada. Los Obispos de varias naciones ibero-americanas han exhortado a sus fieles a no prestar oídos a los falsos pastores; la prensa católica ha denunciado también, en varias ocasiones, el peligro, así como ha exacrado el hecho de que los fines políticos puedan servir para encubrir propósitos contra los cuales el sentimiento profundamente cristiano de los naturales, se levanta indignado, clamando contra un proceder que entraña una verdadera amenaza para el porvenir de los pueblos que nacieron al regazo de la fe de Jesucristo.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Asunción (República del Paraguay), dirigió a mediados del pasado año una Carta-Pastoral sobre esta cuestión, de la cual ofrecemos a nuestros lectores los siguientes fragmentos:

“Nuevamente os dirigimos esta carta para manifestaros una vez más la gran preocupación que Nos sentimos ante el hecho que afecta a todos, por lo mismo que se relaciona con nuestra creencia religiosa, creencia que hemos mamado desde el regazo de nuestros padres.

Para nadie es un secreto que de un tiempo a esta parte se viene haciendo una propaganda intensa en los pueblos católicos de este continente por parte de quienes, parece, desean hacer desaparecer nuestra religión y suplantarla por otra, que no es precisamente la fundada por Nuestro Señor Jesucristo y enseñada por sus Apóstoles. Aquellos a quienes nos referimos recorren las ciudades y los pueblos predicando sus doctrinas y hablando en forma despectiva de las prácticas religiosas de los verdaderos adoradores de Dios, como son los habitantes de la América latina.

Es de tener en cuenta el desconocimiento con que se procede en esta misión desoladora. Los pueblos latinoamericanos recibieron — hace más de cuatrocientos años — la luz del Evangelio de los sacerdotes misioneros que les envió la católica España, sacerdotes que echaron los cimientos espirituales de la fe cristiana entre los habitantes de este mundo de Colón.

Ellos sembraron la fe de Jesucristo en las almas de nuestros antepasados y los encaminaron por las sendas de la cultura europea; ellos les enseñaron este nuestro idioma con que entonamos las alabanzas a Dios y cantamos las proezas de nuestros héroes. Por ellos se vieron nuestros campos cultivados, creadas riquezas desconocidas, fundados centenares de pueblos, hermosas nuestras ciudades con las bellezas del arte, y civilizados cristiana, cultural y familiarmente nuestros aborígenes.

Así nuestros ascendientes vivieron contentos con sus viejas tradiciones que, gracias a Dios, nosotros conserva-

mos, honrados, libres, sin ambiciones ni querellas, con la humildad de los escasos recursos, pero en la esperanza de mejores días aun en medio de esta lucha gigantesca en que hoy se debate gran parte del mundo....

Refiriéndonos en particular a nuestro país — el Paraguay —, parecería cosa muy puesta en razón que los extraños, al ser recibidos en nuestra tierra, correspondiesen al respeto y al amor con que se los trata. Mas por desgracia no es así. Una vez entre nosotros, como si fueran ellos dueños y nosotros esclavos, ellos sabios y nosotros ignorantes, en lugares públicos se desatan contra nuestras creencias, injurian a los sacerdotes, que son los jefes espirituales de los pueblos; vilipedian nuestras tradiciones; se burlan, sobre todo, de nuestras tradiciones cristianas, sembrando así la cizaña entre las familias. Hacen más. Ridiculizan nuestra santa religión zahiriendo y despreciando los más delicados sentimientos de nuestro pueblo...”

Un oficial católico norteamericano publicó en “Catholic Digest” a fines de 1943, el siguiente hecho, revelador del grado de atrevimiento a que han llegado los sectarios:

“Por algún tiempo estuve estacionado en Natal, en la joroba del Brasil. Después de salir de Misa un domingo en compañía de varios amigos natalenses, ¿cuál sería mi asombro y disgusto al encontrar en la plaza que da frente a la puerta mayor de la Catedral, una plataforma construida a las volandas, encima de la cual un misionero americano de la secta adventista del Séptimo-Día, exhortaba a gritos a todos y cada uno a que desertaran de su “vanas creencias” y vinieran “a los brazos del Señor”, en tanto que algunos corifeos brasileños repartían hojitas sueltas! Lo triste del caso fué que la acostumbrada multitud (de curiosos) que se reúne a la primera señal de alguna actividad inusitada, se estacionaba allí escuchando con interés y comentando ociosamente sobre *estos norteamericanos*”.

Por último, y entre los abundantes datos que poseemos reproduciremos una relación publicada en fecha reciente en la revista “Hechos y Dichos”, que demuestra el enorme peligro que se cierne sobre las naciones hermanas de América:

“En la ciudad de Buenos Aires poseían las sectas el año 1935 tan sólo 32 templos o sitios de culto; en junio del año 1943, esta cifra se había elevado a 157; los seminarios que tenían en la República Argentina eran 2 y en menos de cinco años los han aumentado a 7; en Chile distribuyeron en sólo el año 1942, unos 17 millones de impresos de propaganda; en Colombia, en algo más de un año, a saber, desde 1942 hasta abril de 1943, habían entrado más de mil pastores protestantes; en Uruguay se formaron el año 1942, unos 170 nuevos Centros. En esa misma nación han adquirido una gran extensión de tierra para construir la central de propaganda sudamericana con los más modernos equipos y anexo a ella el gran Seminario para la formación de pastores protestantes nativos o indígenas de Sudamérica; en el Perú su aumento ha crecido juntamente con las facilidades que obtienen para predicar públicamente por plazuelas y parques. Por ahora, según confesión de los propios protestantes, cuentan para esa obra con un fondo de 4 millones de dólares...”

Las circunstancias les empujan ahora a convertir en realidad planes antiguos”.

Fábrica de esteras • Muebles de junco y médula • Alfombras

Joaquín Pons



Hermanos Landa, 27 - Teléfono 1507 - Tarragona



T. M.

BARCELONA



SALA Y BADRINAS

TEJIDOS DE LANA

Despacho en Barcelona: Caspe, 33 B.
Fábrica en Tarrasa: Calle Prim, 59

J. MARGALEF

Mosaicos - Baldosas - Baldosillas - Azulejos
• • • • Materiales para construcción • • • •

Cataluña, 12

TARRAGONA

Teléfono 1501

Degtor

Fabricación iniciada en 1916

PAPEL MATE INSUPERABLE
PARA ESTAMPERÍA

NEGRA Y TORT

Mallorca, 480-482 - Teléfono 51541
BARCELONA

ECCLESIA

Organo Oficial de la Acción Católica Española

Documentos pontificios
y episcopales

Información católica
nacional y extranjera

Reportajes gráficos

Crítica moral
de espectáculos y libros

Administración: Alfonso XI, 4 - Madrid